Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

LA CASA HECHA CON SANGRE




SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

326 — Un pájaro llamado Leonard, *Ralph Barby*.
327 — Infierno, S. A., *Adam Surray*.
328 — Acosada por Satán, *Ralph Barby*.
329 — Entre tinieblas, *Lou Carrigan*.
330 — La noche es de los zombies, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

LA CASA HECHA CON SANGRE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 331
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.204 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El camino se cortaba bruscamente junto al bordo del brazo de rio cuyas aguas apenas si se movían en el cálido atardecer, en donde un sol moribundo se teñía de rojo entre las brumas que se elevaban del suelo, mitad sólido y mitad líquido. Casi no se oían ruidos, salvo el ocasional aleteo de un pájaro de pantano o el chasquido de alguna rama que se quebraba fortuitamente. Vincent Crichton se apeó del coche que le había llevado hasta aquel lugar, y contempló el tétrico paisaje durante unos segundos.

Detrás de él, el chófer del taxi, que ya había dejado su equipaje en el suelo, dijo:

—En su lugar, señor, y si me permite la observación, yo no iría a esa casa por todo el oro del mundo.

Crichton se volvió hacia el taxista, un fornido mulato, con dentadura de marfil, y le miró inquisitivamente. Apenas si habían cambiado uñas pocas palabras durante el trayecto y Crichton, ya reservado de por sí, no había hecho el menor esfuerzo por sonsacar al chófer detalles del lugar al que se dirigía. Por ello, al oír aquellas frases, se mostró inmediatamente sorprendido.

—No irá a decirme que hay fantasmas en esa casa, Manuel.

El taxista se volvió y señaló hacia una loma cercana, en la que apenas se percibía vegetación, a pesar de que estaba rodeada por un espeso bosque de árboles de tipo tropical.

—En la casa, no sé; en todo caso, están allí, en el «Cementerio de los Esclavos».

—¿Cómo?

—Allí eran enterrados los que morían cuando se construía la casa. Dicen que fueron cientos los que se dejaron los huesos en el trabajo. Muchos murieron de agotamiento o de fiebres; hace siglo y medio, la comarca era espantosamente malsana, pero también murieron muchos, azotados cruelmente por brutales capataces y algunos hasta ahorcados o fusilados, al negarse a trabajar. Un día, dice la leyenda, los espectros de quienes construyeron esa casa, se levantarán y tomarán venganza de los suplicios a que fueron sometidos.

—La leyenda es bonita, pero no deja de ser eso, leyenda —sonrió Crichton.

—Si va un día al cementerio, verá las tumbas y comprobará que no le he mentido, señor. Usaron agua para el mortero que debía unir las piedras con que está construida, pero según se dice, esa casa está hecha con sangre. Es un lugar horrible, se lo aseguro.

—Desde aquí, no lo parece. Yo veo una construcción de tipo anticuado, pero de cierta elegancia. No hay nada de horrible en ella, Manuel.

—Permítame el señor que no siga discutiendo sobre el particular. Ah, ya veo la lancha que se acerca a recogerle. Hace muchos años, había un puente

de madera, pero se pudrió y no han vuelto a reconstruirlo. Sin embargo, se podría llegar hasta la isleta a pie, aunque yo no se lo recomendaría.

—¿Por qué?

—Hay muchos caimanes... y, en algunos puntos, arenas movedizas. Con su permiso, señor...

Crichton entendió lo que quería decirle el chófer y echó mano a su billetera. Manuel se marchó segundos después, encendidas ya las luces de su coche, como si le persiguieran un millar de demonios rabiosos.

Un botero manejaba la lancha, mediante una larga pértiga, que hundía en el lecho del río. A medida que se acercaba. Crichton podía captar más detalles del sujeto, alto, enorme, de poderoso torso y piel tan negra como el betún. Su cráneo, descubierto, estaba completamente rasurado, y en su oreja izquierda brillaba el oro de un pendiente eh forma de arete.

La lancha se detuvo, al fin, junto al pequeño embarcadero. El hombre saltó a tierra, ató la embarcación y se acercó al recién llegado.

—Soy Hombo, señor —se presentó—. Mayordomo de River House.

—Profesor Crichton —dijo el forastero—. El señor Molyneux me invitó...

—Sí, señor, estoy enterado de su llegada. Tenga la bondad de pasar a la lancha. Cuide de no caer al agua; hay caimanes.

—Lo sé, Hombo.

El hombre se hizo cargo del equipaje. Crichton se sentó en un banco situado a proa. Hombo, tras él, empuñó la pértiga de nuevo y la embarcación se puso en movimiento.

La distancia que había hasta la otra orilla no superaba los cien metros. Realmente, el río, pese a su caudal, tenía muy escasa corriente, por lo que los movimientos de la embarcación eran mínimos. Crichton era aficionado a la vela y sabía mantenerse en pie sobre una cubierta movediza, pero, en vista de las recomendaciones recibidas, prefirió seguir sentado, a fin de evitar percances desagradables.

Mientras se acercaba a la otra orilla, se preguntó por qué había aceptado la invitación del propietario de River House. Ciertamente, la proposición de escribir una historia de la propiedad, utilizando para ello los archivos de la mansión, era muy tentadora para un joven profesor, que apenas iniciaba su carrera universitaria. Pero disponía de un par de meses de vacaciones y pensó que merecía la pena tentar la aventura.

En tiempos, River House había sido el centro de una de las más famosas plantaciones del Sur de los Estados Unidos, una propiedad inmensa, con miles de esclavos trabajando en sus campos de algodón. Quizás el primer constructor de River House había hecho edificar la casa en la isleta, a fin de protegerse contra posibles asaltos, durante una sublevación de sus esclavos, sublevación que, por otra parte, no había llegado a realizarse jamás, os nordistas, al vencer en el conflicto, se habían limitado a arrasar los campos de cultivo, pero la casa, de sólida mampostería, había sido respetada y se mantenía prácticamente como el día en que se puso la última piedra.

De pronto, pensó que debía hacerle una pregunta a Hombo, sobre la leyenda mencionada por el taxista. Para no parecer mal educado, giró en el asiento. Sin embargo, no llegó a abrir la boca.

¿Quién era el botero que accionaba la pértiga? ¿Qué era aquel horrible esqueleto, cuyos huesos blanqueaban a través de los harapos de ropa que habían sido en tiempos un traje?

Los dientes, blanquísimos, reflejaron durante un instante uno de los últimos rayos de sol y parecieron de sangre. Terriblemente conturbado, Crichton recobró su posición normal.

—Ya llegamos, señor —dijo Hombo.

El mayordomo hizo virar la lancha, saltó ágilmente al embarcadero, la amarró y luego tendió una mano a Crichton.

El joven vaciló un instante. ¿Había sufrido una alucinación? Hombo estaba delante de él, ser de carne y hueso, sonriendo con servicial cortesía. En el gigantesco individuo que le tendía la mano amablemente, no había la menor sensación de irrealidad.

Crichton aceptó y se sintió izado casi a pulso. Luego, Hombo se apoderó de su maleta y del portafolios.

—Por aquí, señor —dijo.

Momentos después, entraban en la casa. En el momento de franquear el umbral, Crichton oyó voces y risas.

—Ciento cincuenta años ya —dijo una mujer.

—¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó un hombre alegremente.

—Sí, parece que fue ayer —rió un tercero.

—En ese caso, propongo un brindis por el siglo y medio de existencia de River House —sonó la voz de otra mujer.

Hombo se volvió hacia el joven.

—Son los invitados del señor —explicó—. Se han reunido aquí para celebrar el ciento cincuenta aniversario de la casa.

—Oír, comprendo... Pero yo he venido por otros motivos...

—Lo sé, señor.

Una mujer apareció, de pronto, por una de las puertas que daban a las habitaciones del servicio. Era alta, fornida, de robustos pechos y bastante atractiva. Un pañuelo amarillo cubría por completo sus cabellos y de los lóbulos de sus orejas pendían sendos aretes, muy parecidos al que usaba Hombo.

—Esta es Selena, el ama de llaves —dijo el mayordomo—. Selena, el profesor Crichton.

La mujer dobló ligeramente las rodillas.

—Bien venido a River House, señor —murmuró con voz extrañamente cantarina—. Hombo, yo le acompañaré a su habitación.

—Muy bien, Selena. Yo voy a vestirme para la cena.

El ama de llaves se apoderó de la maleta, pero Crichton se la quitó inmediatamente.

—No puedo consentirlo —sonrió.

Ella dejó entrever la sombra de una sonrisa.

—Muchas gracias, señor.

Momentos después, se detenían ante una puerta de madera oscura y brillante, en el piso superior. Selena abrió la puerta y se quedó a un lado.

—Deseo que el alojamiento sea de su agrado, señor —dijo.

—Gracias, Selena.

—La cena será a las ocho, en el comedor de la planta baja.

El ama de llaves se alejó y Crichton se quedó solo en su dormitorio, una vasta pieza, amueblada con el estilo de un siglo antes, pero con un indudable encamo, precisamente por su misma antigüedad. El cuarto de baño, sin embargo, como pudo comprobar, era completamente actual.

Después de asearse un poco y arreglar su maleta, Crichton encendió un cigarrillo. Se preguntaba cuándo podría ver al dueño de la casa, cuando, inesperadamente, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó.

* * *

La figura que se recortó en el umbral, instantes después, pertenecía a una atractiva muchacha de cabellos oscuros y bonita silueta. Ella vestía un sencillo traje de hilo, de color muy claro, con vivos azul fuerte en el cuello y en las mangas, cortas, lo que dejaba ver unos brazos muy bien torneados. Los zapatos eran también sencillos, de medio tacón.

—¿Profesor Crichton?

—Sí, señorita...

—June Terrill, secretaria personal del señor Molyneux.

—Encantado, señorita Terrill. ¿Puedo serle útil en algo?

—Todo lo contrario, profesor. Precisamente vengo a disculparme en nombre del señor Molyneux, que se encuentra aquejado de una leve dolencia y no puede abandonar la cama. El señor Molyneux me ha ordenado ponerme a su disposición en todo cuanto necesite, profesor.

—Muchas gracias, señorita. Cuando vea al señor Molyneux, dígale cuánto lamento su enfermedad y dígale también que deseo su pronto restablecimiento.

—Se lo diré, profesor. ¿Está contento de su alojamiento?

—No puedo quejarme —sonrió Crichton.

—Mañana le enseñaré la biblioteca, en donde también están los archivos de la casa y de la propiedad, desde 1794, en que el primer Molyneux inició los trabajos de plantación de algodón. Le habrán informado que la cena es a las ocho.

—En efecto, así es.

—En tal caso, no me resta decirle nada más, profesor. Celebro haberle conocido y le deseo una grata estancia en River House.

—Muchas gracias, señorita Terrill, pero desearía me permitiese hacerle una pregunta.

—Desde luego, profesor.

—Tengo entendido que el señor Molyneux tiene invitados para celebrar un acontecimiento...

—Los ciento cincuenta años de la fundación de River House, efectivamente, profesor. Son cuatro y todos ellos descendientes directos de los socios que el primer Molyneux tuvo en su empresa. Todo el mundo le achaca haber sido el único propietario de River House y sus tierras, pero la realidad es que la sociedad estaba formada por cinco personas, si bien Molyneux tenía una participación muy mayoritaria, bastante superior al cincuenta por ciento del capital total.

—Oh, esto era algo que no sabía...

—Andando el tiempo, los otros socios se encontraron en dificultades económicas, sobre todo, después de la guerra de Secesión, y vendieron sus participaciones a los herederos de Molyneux. Pero el señor no ha querido dejar pasar la efemérides sin invitar a los herederos de quienes ayudaron a levantar la propiedad hace siglo y medio.

—Es una información muy valiosa, señorita Terrill. Muchísimas gracias —dijo Crichton.

—He tenido un gran placer, profesor —contestó June.

«Una secretaria muy simpática, guapa y, seguramente, muy eficiente», pensó Crichton al quedarse solo. Encendió un nuevo cigarrillo y, de pronto, preocupadamente, recordó la horrible visión que había tenido al atravesar el brazo de rio que separaba la isleta de la tierra firme. Debía de haber sido una alucinación suya. La mano de Hombo, cuyo contado había sentido al estrecharla en la suya, para salir de la lancha, era fuerte, cálida, la mano propia de un hombre robusto y con torrentes de sangre vital en las venas.

Sin embargo, no era propenso a alucinaciones, y esto le preocupaba mucho más todavía.

CAPITULO II

Por la mañana, después del desayuno, June le acompañó a la biblioteca, bastante bien surtida, y le enseñó sus distintos apartamentos, incluidos dos recios armarios de caoba que, según pudo apreciar, guardaban numerosos documentos, muchos de ellos en rollos sujetos con cintas cuyo color se había perdido con el paso del tiempo. June le indicó también el cordón de la campanilla, por medio de la cual podría llamar a la servidumbre.

—Muchas gracias, señorita —dijo Crichton, cuando ella hubo terminado de hablar—, Pero, de nuevo, permítame una pregunta...

—¿Sí?

—Ayer, el chófer que me trajo desde Norristown, me habló de cierta leyenda que existe con relación a esta casa.

June sonrió ligeramente.

—No es más que eso, una leyenda —contestó.

—Bueno, el taxista parecía muy asustado. Incluso me recomendó que no viniera a River House.

—No se puede evitar que haya gentes crédulas y propensas a creer en todo tipo de leyendas. ¿No llevaba su taxista una pata de conejo como amuleto?

Crichton se echó a reír.

—No se me ocurrió preguntárselo. En cambio, sí me gustaría conocer su opinión personal sobre el caso.

—Se la he expresado ya, profesor —respondió June, muy seria—. Buenos días.

La joven se marchó, y Crichton empezó su tarea de inmediato. A media mañana, deseó tomar un poco de café y tiró del cordón de la campanilla.

Selena, el ama de llaves, se lo sirvió a los pocos minutos. Cuando iba a retirarse, Crichton hizo un gesto con la mano.

—¿Selena?

—Diga, señor.

—Sé que esta casa tiene una leyenda, pero me gustaría saber qué piensa usted al respecto. —Crichton sonrió—. A fin de cuentas, voy a escribir la historia de River House, y me conviene conocer todas las opiniones.

—La leyenda es cierta, señor —contestó el ama de llaves, con voz tensa.

Crichton se quedó serio repentinamente.

—A ver, por favor, cuénteme lo que sepa.

—Construir esta casa costó cientos de vidas, torrentes de sangre. Hubo un esclavo que intentó sublevarse y murió, después de ser horriblemente azotado. Se dice que los látigos dejaron los huesos a la vista, pero él no se quejó un solo momento.

—Un hombre valeroso, sin duda —comentó Crichton, mientras se disponía a cargar la pipa. En ocasiones, le gustaba más que un simple cigarrillo—. Y, ¿eso es todo?

—Bien, parece ser que el esclavo, antes de morir, lanzó una maldición sobre la casa y quienes la habitaban y. por supuesto, sobre los ejecutores de tan atroz castigo. Los dos hombres que le azotaron, murieron antes de un año y se dijo que habían sido víctimas de un conjuro, porque los médicos jamás pudieron encontrar su enfermedad, y cuando murieron no eran más que piel y huesos.

—Siga, Selena, por favor; lo que me está relatando es muy interesante —sonrió el joven, mientras acercaba un fósforo de madera a la cazoleta de su pipa.

—Según se dice, el esclavo, muy poco antes de morir, dijo que la casa no duraría más de cinco veces la edad que él tenía en aquellos instantes, aunque no se sabe por qué fijaría una cifra tan extraña. La casa, dijo, había sido hecha con sangre y volvería a ser sangre, y esa maldición alcanzaría al dueño y a sus negocios...

Selena se interrumpió, para sonreír ligeramente.

—Pero no son más que leyendas, señor —añadió.

Crichton hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Le agradezco mucho sus informes, Selena —dijo.

El ama de llaves asintió. Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Crichton la contempló con ojos críticos. Era una hermosa mujer, no cabía duda. El color no importaba en absoluto; la figura, opulenta, de carnes prietas, tenía muchos atractivos.

De pronto, Selena se volvió, ya con la mano en el pomo de la puerta.

—Olvidaba una cosa, señor —dijo.

—¿Si?

—El nombre del esclavo que lanzó la maldición.

—¿Cuál es Selena?

—Hombo, señor.

* * *

La puerta de la biblioteca se abrió de pronto, una hora más tarde. Crichton, enfrascado en la lectura de un libro, alzó la cabeza y dirigió una sonrisa a la mujer que acababa de entrar.

—Oh, perdone —dijo ella—. No sabía que hubiera nadie aquí

Crichton se puso en pie inmediatamente.

—No soy el dueño de la biblioteca, señora Brabham, sino simplemente un lector —manifestó—. Si ha venido a buscar un libro, hágalo con entera libertad, sin preocuparse de mi presencia.

Durante la cena de la víspera, Crichton había conocido a los cuatro huéspedes de Molyneux, dos hombres y dos mujeres, todos ellos más o menos jóvenes y bastante despreocupados en general. Leslie Brabham era una de las invitadas, de unos treinta y dos años, figura con muchas curvas, píelo rubio platino, de un tono algo anticuado, y sonrisa incitante. Divorciada, según

había dicho durante la cena.

—De modo que está buscando datos para la historia de la «Casa Hecha con Sangre» —exclamó Leslie, mientras avanzaba hacia el interior de la biblioteca.

—En efecto, así es. Claro que no podré escribir aquí el libro, sino que, simplemente, me limitaré a tomar y recopilar datos. No es cosa que se pueda hacer en un par de semanas.

—Me lo imagino —dijo ella—. Le supongo enterado de la leyenda.

—Sí, ciertamente.

—¿Cree usted en la venganza de Hombo?

Crichton pensó un instante en la horrible visión de la víspera.

¿Por qué aquella coincidencia de nombres?, se preguntó.

—La leyenda, dejando a un lado el aspecto sanguinario, tiene su encanto —respondió.

—A mí no me gustaría que se cumpliese —dijo Leslie, bruscamente seria.

—Ah, pero ¿cree en esa historia? —se asombró Crichton.

—Sí. Profesor, soy descendiente de uno de los socios de Molyneux, el tirano, como le llamaban las personas de aquellas épocas.

—¡Señora Brabham!

—Es el apellido del marido de quien me divorcié, hace tres años. Mi apellido de soltera es Huggles, y, si consulta los archivos, podrá encontrar a un Sam Huggles como socio del primer Molyneux.

—Señora, eso no tiene importancia alguna...

Leslie se pasó una mano por la frente. Hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Es que... el ambiente impresiona mucho —dijo—. Pero ¿qué culpa puedo yo tener de lo que hiciera un antepasado mío?

—Ninguna, evidentemente. He oído decir que el señor

Molyneux les invitó a los cuatro para celebrar el ciento cincuenta aniversario de la construcción de la casa.

—Sí, es cierto, aunque todavía no le hemos visto. Está enfermo, no sé de qué...

—Yo tampoco he hablado con él. Hasta ahora, he tenido que entenderme con la secretaria, en el buen sentido de la palabra, claro.

Leslie se echó a reír.

—Una chica muy apetitosa, un verdadero bombón —calificó—. ¿Es usted soltero, profesor?

—Sí, señora.

—Llámeme Leslie, hombre —dijo ella—. Oiga, usted no está mal del todo. ¿No le acosan las alumnas?

—Tengo media docena de guardaespaldas, que las espantan con látigos, como si fuesen matamoscas... Oh, perdón, no debí mencionar la palabra látigo en esta casa.

—Eso no tiene importancia. Lástima, me gustaría ser alumna suya. Pero en

una clase privada.

Leslie se marchó dejando al joven sin habla. «¡Caramba con la dama, debe de ser terriblemente ardiente!», pensó, estupefacto por las últimas palabras de la señora Brabham. Aquello sí que era insinuarse, y no precisamente con indirectas.

Media hora más tarde, asomó un hombre, otro de los invitados, Peter Wylan.

—¡Hola, rata de biblioteca! —Saludó jovialmente—, ¿Ha visto a Harry por aquí?

El apellido de Harry era Keele y, al igual que Wylan, también era invitado. Wylan era un hombre de casi cuarenta años, bajo, regordete, de párpados grasientos y barbilla poco firme. A pesar de tales detalles fisonómicos, que podían indicar blandura de carácter, Crichton había podido darse cuenta de que se trataba de un hombre terriblemente astuto, capaz de apuñalar por la espalda a quien le hiciera sombra en los negocios, sin sentir luego el menor remordimiento por la ruina de su rival

—No, no le he visto —contestó—. He estado ocupado toda la mañana...

—La historia de River House, ¿eh? —Rió Wylan—. Cuando empiece a escribirla, vaya a un banco de sangre y compre unos cuantos frascos. ¡Será la mejor tinta para el manuscrito!

Wylan se alejó, riendo desaforadamente. A Crichton le pareció una broma de pésimo gusto, pero no había tenido tiempo de contestar adecuadamente y, tras unos segundos de indecisión, volvió a su tarea.

* * *

A media tarde, Selena le sirvió el té.

—No esfuerce tanto —aconsejó el ama de llaves—. Debiera descansar, darse un paseo por la isleta... En los primeros momentos, el paisaje no gusta, es verdad, pero a medida que pasa el tiempo, se hace mucho más agradable y resulta encantador.

—Lo haré después: ahora estoy tomando unas notas, y no quiero dejar inacabada la tarea que me he fijado para hoy —respondió el joven—. ¿Cómo sigue el señor Molyneux?

—No se encuentra demasiado bien, ésta es la verdad. Pero ya se repondrá, no se preocupe, señor.

Media hora más tarde, Crichton, siguiendo las recomendaciones del ama de llaves, suspendió el trabajo. Abandonó la biblioteca, cruzó el gran vestíbulo y salió al exterior.

El sol no se había puesto todavía. La orilla opuesta estaba envuelta por una débil bruma, que difuminaba los contornos de los objetos. Desde la distancia, pudo ver algunas losas de piedra, cubiertas de hierba, que señalaban otras tantas sepulturas. Se preguntó cómo había podido existir gente tan cruel... pero en el mundo actual, en otros lugares y en distintas personas, no había

desaparecido todavía la crueldad.

De pronto, oyó voces en las inmediaciones. Estaba junto a un altísimo ciprés, de grueso tronco, y pudo apreciar que los dos hombres que conversaban no se mostraban amistosos. Eran Wylan y Keele, reconoció sus voces de inmediato.

Keele era el más irritado. Wylan procuraba calmarle.

—¿Que prisa tienes? —decía—. ¿Adónde puedes estar mejor que aquí? Además, si todo sale bien, podrás irte con una maleta llena de billetes.

—Suponiendo que el dinero esté en la casa, tonto —gruñó Keele.

—Lo decía metafóricamente, hombre. Philip, a pesar de lo que digan, está a punto de «diñarla». Ya no puede durar mucho, ¿comprendes?

—Harry, ¿y no te parece que deberíamos acelerar ese... proceso biológico?

—No seas bruto, Harry, y deja que la naturaleza siga su curso. Lo peor que podría sucederte es mezclarte en un caso así. Está acabado, te lo digo yo.

—¿Lo has visto?

—No, pero me lo imagino... Hace dos meses, estuve hablando con él y era un sombra de sí mismo. Por mucho que quieran engañamos, con las noticias de un próximo restablecimiento, está acabándose día a día.

—¿Cómo puedes asegurar una cosa semejante, Peter?

—Cuando hablé con él, hace dos meses, venía conmigo un médico, buen amigo. Me lo dijo después; ese matasanos tiene un ojo clínico excepcional. Le dio tres, cuatro meses de vida, como máximo.

—Sin reconocerlo siquiera.

—Hay cosas que saltan a la vista. Si tú ves una sustancia blanca, muy fría, dirás en seguida que es nieve, ¿no?

—O una tarta de nata helada.

Crichton contuvo una carcajada. Wylan soltó un bufido.

—Siempre serás el mismo, impaciente, amigo de la broma Hombre, esto es mucho más serio de lo que parece...

Los dos hombres se alejaron. Crichton se atrevió entonces a encender un cigarrillo. ¿Qué le sucedía al dueño de la casa?, se preguntó.

Al cabo de unos minutos, emprendió el regreso y entró en el vestíbulo.

Por una de las ventanas, penetraban los últimos rayos del sol poniente, rojo como la sangre. Hombo, el mayordomo, estaba junto a la ventana, inmóvil como una estatua, la vista fija, al parecer, en el cementerio de los esclavos.

De repente, Crichton creyó ver que el sol traspasaba por completo el cuerpo del mayordomo. De nuevo presenció aquella alucinante visión de un ser humano, transformándose en un esqueleto cubierto de hediondos harapos.

Pero lo más horrible de todo era que las descarnadas mandíbulas de la calavera se movían ligera y rápidamente, como si el esqueleto bisbiseara... ¿una oración? ¿Una maldición? ¿Un conjuro?

Durante unos segundos, Crichton creyó sentirse transportado a un mundo irreal, a un lugar situado a millones de millas de donde estaba. Luego, tan bruscamente como se había producido la visión, Hombo volvió a su aspecto

normal.

Entonces, Crichton vio que el resplandor del sol pintaba de rojo la cara de Hombo. El negro de la epidermis se había transformado en el puro color de la sangre. De pronto, sintió un terror espantoso, pero el mismo miedo le hizo creer que tenía los pies clavados al suelo.

Súbitamente, Hombo se volvió, ahora ya con un aspecto enteramente normal. Su blanca dentadura despidió un fugaz destello marfileño.

—¿Desea algo el señor? —se ofreció, cortés.

—¿Ha,., hay whisky, Hombo? —preguntó el joven.

—Por supuesto, señor.

Un par de tragos reanimaron al joven considerablemente. Hombo había venido con una bandeja, y esperaba, por si Crichton quería repetir.

—Hombo, me gustaría pedirle un favor —dijo Crichton, de pronto.

—Estoy aquí para servir a los huéspedes, señor.

—Mañana me agradaría ver el cementerio de los esclavos. Si me permite usar la lancha...

—Le ruego me disculpe, señor, pero creo que debo acompañarle. Entre la maleza abundan las serpientes, muchas de ellas, venenosas, y es difícil verlas, si no se está acostumbrado a caminar por esos terrenos. También pudiera suceder que nos encontrásemos con algún caimán; a veces, se alejan bastante de la orilla, en busca de comida. Modestamente, yo puedo evitar esos riesgos al señor.

—Le agradeceré su compañía, Hombo. ¿Cómo sigue el señor?

—Mejorando a ojos vistas, señor.

Hombo se marchó y Crichton buscó la pipa. Tendría que hablar con la secretaria, a fin de que le proporcionase una entrevista con el dueño de la casa. Si iba a escribir la historia, había ciertos aspectos financieros que no se podían descuidar, lo cual podría evitar conflictos legales en el futuro.

CAPITULO III

Cuando se retiraba a descansar, con un grueso libro bajo el brazo, con cuya lectura pensaba entretenerse en la cama, vio a June, que salía de una habitación situada en el fondo del vasto corredor del primer piso.

—Ah, señorita Terrill —llamó.

La muchacha se volvió.

—¿Profesor?

—Quiero decirle algo, señorita. ¿Cuándo podré ver a Molyneux?

—Acabo de hablar con él. Me ha dicho que es posible que mañana pueda recibirle.

—Entonces, mejora.

—Sí, profesor.

Crichton dudó un instante.

—Señorita... no me gusta lo que voy a decirle, aunque tampoco tengo por qué inmiscuirme en asuntos ajenos, pero debo indicarle que no puedo aceptar enteramente sus palabras, respecto a la salud del señor Molyneux.

June se puso colorada.

—Profesor, ¿cómo se atreve...?

—Discúlpeme, señorita. Esta tarde, por supuesto que involuntariamente, he oído una conversación, en la que se mencionaba la salud del señor Molyneux. Sinceramente, lo que he oído no es muy alentador.

—Perdone, pero yo opino lo contrario, profesor.

—¿Es usted médico?

—No, claro...

—Verá, hace algún tiempo, recibí una caria, en la que se me invitaba a escribir la historia de River House. Se me facilitaban algunos datos, y el asumo me pareció interesante. No digo que el libro resulte un «best-seller», pero puede tener bastante éxito. En la historia hay el suficiente dramatismo como para llamar la atención de un buen número de lectores.

—¿Y bien?

—La literatura es arte, pero también conlleva una serie de servidumbres... económicas, que deben ser resueltas adecuadamente, mediante un contrato redactado en regla. Y, hasta ahora, no dispongo más que de la carta en que se me invitaba a venir a River House.

—Creo que le comprendo, profesor. De todos modos, el señor Molyneux está durmiendo ahora, y no se le puede molestar. Mañana, en cuanto él me lo indique, le buscare para que hablen. ¿De acuerdo?

—Sí, señorita —sonrió Crichton.

Ella dio un paso hacia adelante, pero, de pronto, se detuvo.

—Dígame, profesor, ¿a quién ha oído esos comentarios sobre la salud del señor Molyneux?

—¿Qué puede decirme usted de los invitados?

—Perdone, pero no puedo hacer comentarios sobre los huéspedes, ni mucho menos criticarlos. Le niego me disculpe, profesor. ¡Buenas noches! —se despidió June glacialmente.

Crichton se quedó desconcertado un momento. Luego, encogiéndose de hombros, se dirigió a su dormitorio.

Más tarde, en la cama, recostado sobre una pila de almohadones con la pipa entre los dientes, suspendió unos momentos la lectura del libro que tenía entre manos, para reflexionar sobre los acontecimientos del día.

De repente, algo vino a su memoria, y le hizo sentirse muy intrigado. La maldición de Hombo... ¿por qué citar una" cantidad de años cinco veces superior a su edad?

—¿Cuántos años tenía, en el momento de su muerte?

* * *

Por la mañana, se desayunó solo. Cuando terminaba, vino Sylvia Sanders, otra de las invitadas de Molyneux.

—¿Ha visto los fantasmas de los esclavos? —preguntó ella súbitamente.

A Crichton casi se le cayó el café de la taza que tenía en las manos. Le pareció que aquella mujer era una lunática. Sylvia debía de rondar los treinta y ocho años, y era alta y huesuda, aunque, en ocasiones ofrecía un aspecto bastante agradable. El pelo tenía un vivo color rojizo, y los ojos eran de color marrón fuerte. Crichton pensó, por un momento, que se hallaba ante un gran felino, con figura humana.

—No me preocupo de fantasmas, señora Sanders —contestó, sonriendo forzadamente.

—Le dije que era soltera —corrigió ella.

—Discúlpeme...

—Pero puede llamarme Sylvia, Vincent.

—Diga Vince, me gusta más.

—O.K., Vince. Bueno, ¿qué me contesta?

—¿Los ha visto usted?

Sylvia sacudió la cabeza.

—Quizá lo he soñado —repuso—. Esta casa me da mucho miedo... Todavía no sé por qué acepté la invitación..

—¿Conocía al señor Molyneux?

—Claro. —Ella le guiñó un ojo—. En todos los sentidos —añadió, maliciosa.

—Pero él quiere celebrar con ustedes el ciento cincuenta aniversario de la casa.

—¡Oh, sí! De todos modos, podría haber esperado un poco. Aún no le he visto, ¿sabe?

—¿Cree usted que está gravemente enfermo?

Sylvia suspiró.

—Si se hubiese acordado de mí en su testamento...

Era una respuesta harto significativa. «No das un pelo por la vida de Molyneux», pensó el joven.

—Bueno —exclamó ella desenvueltamente—, el caso es que estoy muerta de hambre. Profesor —añadió, riendo con estrépito—, puede que no sea guapa, pero, al menos, aunque me coma medio buey diario, nunca engordo. Eso siempre es una ventaja, ¿no?

—Al menos le evita preocupaciones dietéticas —convino Crichton amablemente.

Y, en aquel momento, se abrió la puerta del comedor, y Hombo se hizo visible bajo el dintel.

—Profesor, cuando guste —dijo.

Crichton se limpió los labios con la servilleta, a la vez que se ponía en pie.

—Discúlpeme, Sylvia —se despidió de la mujer, que ya estaba arreándole voraces mordiscos a una rebanada de pan, espesamente untada de mantequilla. Sylvia no contestó; no podía, porque tenía la boca llena, y se limitó a hacer un gesto con la mano.

* * *

La lancha se movía lenta y silenciosamente sobre las quietas aguas del brazo de río, que parecía hecho de un líquido espeso y que pudiera cortarse con un cuchillo. Sentado cerca de la proa, Crichton contemplaba el paisaje. Atrás, Hombo manejaba la pértiga diestramente.

A Crichton le pareció que Hombo era Caronte, el barquero que conducía a las almas muertas a través de la laguna Estigia. La verdad, que el panorama parecía más bien propio de la Divina Comedia. En cualquier momento, vería al feroz Cerbero, el terrible can que guardaba aquellas puertas, para impedir que los condenados pudieran escapar a su lúgubre destino. De haber tenido dinero suficiente, jamás se habría construido una residencia en un paraje tan siniestro.

La lancha, observó de pronto, navegaba diagonalmente. Sin volverse, preguntó a Hombo los motivos de aquel rumbo.

—Desembarcaremos al pie de la loma del cementerio, señor —respondió el mayordomo—. Eso nos evitará un par de cientos de metros de camino, por un terreno nada agradable.

—Ah, comprendo...

Minutos después, la proa de la lancha se hundió, en una orilla. Hombo saltó ágilmente a tierra y tendió la mano a su pasajero. Crichton afirmó en su hombro la correa de la cámara fotográfica que había llevado consigo.

—Supongo que no habrá inconveniente en que impresione algunas placas —dijo.

—Ninguno, señor.

Hombo llevaba ahora en las manos un grueso garrote, con nudos en su

pulida superficie. El bastón tenía un extraño color verde-amarillento, con fajas de distintos tonos del mismo color. Sin pronunciar una sola palabra, el mayordomo echó a andar por un sendero abierto en la maleza. Crichton pudo observar que alguien había pasado por aquel lugar, en numerosas ocasiones. «O no habría sendero», pensó.

Hombo tanteaba las hierbas con el bastón. Crichton le seguía a dos o tres pasos de distancia. El mayordomo vestía ahora una simple camisa blanca, con las axilas manchadas de sudor, y pantalones de hilo. Con el sombrero de fibra que cubría su cabeza, parecía arrancado a una estampa del siglo pasado.

De pronto, llegaron al cementerio.

Estaba sorprendentemente limpio de maleza, mucho más de lo que le había parecido el día de su llegada. Aquí y allá se veían algunas lápidas de piedra, con inscripciones parcialmente borradas por el paso del tiempo. Todavía quedaban maderas podridas, restos de algunas cruces puestas allí muchísimos años antes.

Pero salvo las losas, no había otro signo indicador de las tumbas. Los años, transcurriendo inexorablemente, habían alisado el suelo, bajo el que, de creer en la leyenda, estaban los huesos de centenares de infelices esclavos, muertos sádicamente por los feroces empleados de Molyneux y sus socios.

«¿Y, quien sabe también si algunos murieron por sus propias manos?», se dijo, amargamente impresionado por aquel testimonio de crueldades pasadas.

De repente, una lápida llamó especialmente su atención.

El granito estaba limpio de moho y hierbas. En la dura superficie, habían sido grabadas uñas letras y unas cifras:

HOMBO JONES

27 - 6 - 1798
30 - 6 - 1828

—Esta es la sepultura del esclavo que capitaneó una rebelión —dijo, después de tomar una fotografía de la lápida.

—Sí, señor.

—¿Antepasado suyo, Hombo?

—Sólo coincidencia en el nombre, señor. Mi apellido es Lake.

—Entiendo. —La cámara que llevaba Crichton era de revelado instantáneo, pero, debido a un oscuro instinto, se dijo que lo haría en la soledad de su cuarto.

—Dicen que lo torturaron salvajemente —murmuró.

—Ciento cincuenta latigazos, señor.

Crichton se estremeció. Ciento cincuenta latigazos, una cifra cinco veces superiores a la de la edad de Hombo. La maldición, si había sido lanzada, empezaba a tener sentido.

—¿Pudo resistir tantos latigazos. Hombo?

—Dicen que era un hombre excepcionalmente robusto, señor. Pero todo

tiene su límite, claro.

Crichton asintió. El lugar y el ambiente empezaban a deprimirle. Pero, además, había reparado en un detalle estremecedor.

Nunca había creído en maldiciones ni conjuros, a pesar de que sabía la existencias de fuerzas psíquicas, de acción inexplicable, y conocía casos irrefutables de telepatía y de vaticinios del futuro. Pero eran casos mínimos, irrelevantes, pese a todo, en el conjunto de la existencia de los seres normales. Sin embargo, había visto la fecha de la muerte de Hombo grabada en la piedra, el treinta de junio de 1828, pocos días después de cumplir los treinta años.

Ahora estaban a veintiséis. Faltaban, por tanto, cuatro días para que se realizase la maldición del esclavo.

¿Qué sucedería el 30 de junio, cuando se cumpliese el 150 aniversario?

Regresaron a la casa, en silencio. Al atravesar el brazo de río, Crichton pudo ver ciertos movimientos en la superficie. Un saurio asomó la cabeza bajo el agua y abrió la bocaza, provisto de enormes dientes.

—No me engañó usted, Hombo —dijo.

—A pie, la travesía es imposible —contestó el mayordomo inexpresivamente.

Minutos más tarde, se dirigía a su habitación. Cuando iba a abrir la puerta, oyó la voz de June:

—¿Profesor?

Crichton se volvió.

—Dígame, señorita.

—El señor Molyneux desea verle.

Crichton vaciló un segundo.

—Permítame antes que me asee —dijo—. He estado en el cementerio de los esclavos, y temo no estar presentable para la entrevista.

June quiso protestar, pero el joven ya se había metido en su dormitorio. Crichton tenía verdadera ansia por ver la fotografía de la tumba del esclavo sublevado.

Momentos después, tenía la cartulina en las manos. Entonces, se preguntó si no habría soñado o estaba siendo víctima de una alucinación.

La imagen de la lápida y su contorno había sido reproducida perfectamente, excepto por un detalle estremecedor: el granito estaba absolutamente liso, sin ninguna inscripción reveladora de la persona que dormía allí su sueño eterno.

CAPITULO IV

Todavía abrumado por aquel inexplicable suceso, Crichton salió al pasillo, en donde June le aguardaba pacientemente.

—Gracias por haberse esperado —dijo.

—Tenga la bondad de seguirme, profesor.

June caminó hasta la puerta situada al fondo. Una vez al otro lado. Crichton se encontró en una enorme estancia dividida en dos mitades desiguales por tina espesa cortina de color rojo vino. La parte mayor era una sala, elegantemente decorada, con muebles antiguos, pero sólidos.

—Puede hablar desde aquí —dijo ella—. El señor Molyneux le oirá perfectamente desde la cama.

Crichton parpadeó. June alzó la voz;

—Señor Molyneux, el profesor Crichton está aquí.

—¿Cómo está, profesor? —se oyó al otro lado la voz del dueño de la casa. Y a Crichton le pareció que era la voz de alguien que le hablaba desde el fondo de una sepultura—. Perdone que no me deje ver, pero mi aspecto no tiene nada de agradable, en estos momentos.

—No se preocupe, señor Molyneux —contestó el joven—. Sólo deseo que recobre la salud cuanto antes.

—Muchas gracias. ¿Está bien atendido? ¿Le falta algo? Pida sin remilgos cuanto necesite. La señorita June tiene orden de atenderle en todo lo que estime preciso para su tarea.

—Sí, señor. Si me permite, le diré que sería conveniente el estudio de un contrato...

—Hable con mi secretaria. Sobre este asunto, ella está autorizada para obrar de la forma más conveniente.

—Muy bien, señor.

—Le deseo una grata estancia en River House. Ah, y no haga caso de leyendas idiotas. Faltan cuatro días para el ciento cincuenta aniversario, pero la casa es sólida, tan recia como la Gran Muralla China. Le aseguro que no se convertirá en sangre.

Crichton volvió los ojos hacia la muchacha. June sonreía forzadamente.

—Eso es todo, profesor —concluyó Molyneux—, Le agradezco su visita. June, acompañe a mi huésped.

—Sí, señor.

Salieron del dormitorio. En el pasillo, Crichton respiró a sus anchas.

—Esto es... —y no se atrevió a completar la frase.

—Incomprensible, ¿verdad? —dijo June.

—Sí, y además, absurdo, incongruente... ¿Qué tiene Molyneux? ¿Lepra, acaso?

June se mordió los labios.

—La verdad, ni yo misma lo sé. —Bajó la voz—. Le seré sincera. Hace

dos semanas que no le he visto. También a mí me ha prohibido pasar al otro lado de las cortinas.

—¡June! —se asombró él.

—Así es. Le vi, por última vez, hará cosa de dos meses. Estaba desmejorado, pero me dijo que era cosa del estómago. Luego, tuve que quedarme en Nueva Orleáns, resolviendo unos asuntos legales, hasta que pude venir a River House. Eso ocurrió hace dos semanas, y ya no he vuelto a verle.

—Pero, entonces ¿quién le atiende?

—Hombo. Y Selena, claro está. Son los únicos que tienen permiso para pasar al otro lado de la cortina.

Crichton frunció el ceño.

—Antes ha dicho asuntos legales...

—Soy abogado —explicó la muchacha—. Me especialicé en Derecho Mercantil. El señor Molyneux necesitaba una secretaria, y me contrató hará cosa de un año.

—Ya —murmuró él pensativamente—. ¡Tan joven!

—La juventud no siempre es sinónimo de ignorancia, profesor —se picó ella.

—Dispense, no quise ofenderla.

—Haré un borrador del contrato, y lo estudiaremos juntos. ¿Le parece bien?

—Sí, desde luego.

Crichton regresó a su habitación. Buscó la fotografía del cementerio, pero no la encontró.

La había dejado sobre el escritorio, situado junto a una de las paredes, en el que estaba también la cámara, todavía con placas para impresionar. Pero aquella fotografía había desaparecido.

Lo cual significaba que alguien había estado en su habitación.

—¿Quién?

* * *

Por la tarde, Sylvia Sanders entró en la biblioteca, cuando se hallaba más enfrascado en su tarea.

—¿Qué, ha visto al viejo?

Crichton se puso en pie.

—Supongo que se refiere al dueño de la casa —dijo.

—En efecto. ¿Qué me cuenta, Vince?

—He hablado con él —contestó el joven ambiguamente.

—¿Y...?

—Yo estoy aquí para escribir la historia de River House. Otros problemas no me interesan, Sylvia.

Ella le miró críticamente.

—Es usted muy escurridizo, Vince.

—¿Qué otra cosa podría decirle? Ha sido una conversación breve, pero agradable.

—Estamos aquí para celebrar un aniversario —dijo ella—. El ambiente no parece precisamente de fiesta.

—Yo he venido a River House para trabajar —insistió Crichton.

—No lo repita, ya lo sé. Eh, oiga, ¿qué es esto? —exclamó Sylvia, de repente.

Crichton volvió la cabeza un poco. Encima de una de las mesas, estaba el bastón de Hombo. Hasta entonces, no había reparado en él.

—Es un bastón —dijo—. Pertenece al mayordomo.

—Un tipo fenomenal —sonrió Sylvia—. Si es... como aparenta, tiene que resultar... excepcional.

Crichton pasó por alto aquella poco velada alusión erótica. Tal vez Sylvia era una mujer ardiente, demasiado ardiente.

—Y usted es soltero —añadió ella.

—¿No se lo había dicho?

—Es joven y bastante guapo. ¿No ha sentido todavía deseos de casarse?

—¿Debo responderle con la frase clásica: «Todavía no he encontrado a la mujer de mi vida»? —dijo él, jovialmente.

—Mete la nariz demasiado en los libros. Le conviene oxigenarse de atando en cuando. No se convierta en un búho. La vida es muy agradable, Vince.

Crichton no sabía que contestar. Las alusiones de Sylvia resultaban muy claras. Era como estar al borde de un precipicio. Un ligero empujón y...

De pronto, vio que algo se movía a espaldas de la mujer.

Sylvia estaba junto a la mesa, con las caderas rozando el borde. Algo se irguió lentamente, con leves movimientos oscilantes, adelante y atrás. La mitad delantera de la serpiente estaba en posición casi vertical, y de su boca entraba y salía la lengua bífida. El color del reptil era el mismo que el del bastón de Hombo.

Durante un segundo, permaneció indeciso. Sylvia no se había dado cuenta de lo que sucedía tras ella. Pero el vestido, de amplio escote, dejaba su espalda al descubierto, y los pequeños y agudos colmillos de la serpiente estaban ya a menos de un palmo de la piel.

De repente, dio un salto hacia adelante y, agarrándola por los hombros, la apartó a un lado con violencia.

Sylvia gritó:

—¿Qué hace, imbécil? ¿Se ha vuelto loco?

Crichton tenía los ojos extraviados. ¿Qué le sucedía?

¡La serpiente había desaparecido! Él bastón había adoptado de nuevo su forma rígida.

¿Por qué padecía aquellas alucinaciones?

Con mano insegura, se pasó una mano por la frente.

—Dispénseme, Sylvia... Había una araña sobre la mesa y se le acercaba... a

la espalda..

Ella emitió un chillido de susto.

—¡Una araña! ¿Dónde está?

—No se preocupe, no era muy grande, y se ha escurrido en seguida por., por aquella grieta... —Crichton señaló una ligera hendidura en la madera del suelo— Perdóneme, tuve que ser brusco a la fuerza...

—No tiene que disculparse, Vince —sonrió ella—. Gracias por haberme evitado un disgusto. Una picadura de araña puede resultar, a veces, muy molesta.

—Sí, es verdad.

Sylvia se marchó. Tremendamente preocupado. Crichton encendió la pipa. Siempre había sido un hombre mesurado, con un excelente equilibrio mental, que jamás había hecho excesos de ninguna clase, y más bien escéptico en cuanto se refería a luda manifestación sobrenatural. Sin embargo, ahora había visto el bastón convertido en una serpiente.

Sujetando la pipa con los dientes, se acercó a la mesa y, tras una ligera vacilación, agarró el bastón con una mano y lo contempló con fijeza durante algunos segundos. «Si eres una serpiente, ¿por qué no me atacas?», pensó, como si quisiera provocar aquel fenómeno, mediante un poderoso esfuerzo de la mente.

—Vamos, vuélvete serpiente otra vez —dijo en voz alta.

—¿Decía, señor?

La voz del ama de llaves le sobresaltó repentinamente. Selena estaba en el umbral, con una bandeja en las manos.

—Le traía café, profesor —anunció—. Llamé, pero usted no me respondió, y me tomé la libertad de abrir...

Crichton hizo un esfuerzo por serenarse, y sonrió, a la vez que dejaba el bastón sobre la mesa.

—Discúlpeme, estaba distraído —contestó—. Gracias por sus atenciones. Selena.

—Es mi obligación, señor. —La mujer dejó la bandeja y empezó a verter el azúcar en la taza—. ¿Dos terrones, señor?

—Sí, gracias». —Crichton se quitó la pipa de la boca—. Deseo hacerle una pregunta, Selena.

—Sí, señor.

El alma de llaves quedó parada frente a él, rígida, con las manos sobre el regazo, el pecho opulento moviéndose apenas con la respiración.

—Se refiere al señor Molyneux —dijo Crichton—. He hablado con él, pero no he podido verle. ¿Cuál es su enfermedad?

—Es... se trata de una erupción cutánea, señor. No quiere que nadie le vea en su aspecto actual.

—¿Tan desagradable es?

—Tiene muchas manchas en la cara. El señor se siente muy incómodo si alguien le ve con su aspecto actual. Curará pronto, se lo aseguro.

—Sí, eso espero.

—El señor se sentía muy orgulloso de su apostura física. Por eso, ahora, no desea que nadie le vea, hasta que esté completamente curado. Pero esa enfermedad no es contagiosa —aclaró Selena.

—Supongo que será incómoda; le picará la piel, y resultará un tormento...

—Le aplicamos pomadas calmantes. Pero ya se recobra con rapidez. Pronto podrá abandonar su dormitorio, señor.

Mientras charlaban, Crichton había tomado el café. Selena puso la taza en la bandeja. Entonces, el joven agarró el bastón y lo dejó igualmente en la misma bandeja.

—Se le olvidó a Hombo —dijo.

—Sí, señor.

Selena se marchó. Aunque estaba apagada, Crichton volvió a ponerse la pipa entre los dientes. ¿Una enfermedad cutánea?, se preguntó.

De todos modos, no había ido a River House para andar metiendo la nariz en asuntos que no le importaban. "Lo tuyo es escribir. ¡Al trabajo!", se apostrofó a sí mismo.

CAPITULO V

—El buen Harry se retrasa en la cena —exclamó Wylan—. Así que, aprovechando su ausencia, voy a servirme otra dosis de este excelente asado de... ¿De qué, Hombo?

—Ternera, señor —contestó el mayordomo, a la vez que ofrecía la fuente al invitado—. Perdone el olvido, señor; el señor Keele manifestó sus deseos de cenar en su dormitorio. Selene le ha servido la cena ya.

—Bueno, no tiene importancia. ¿Qué opinas tú, Leslie?

—Tengo ganas va de ver a Molyneux —contestó la interpelada—. Nos invitó para conmemorar un aniversario, pero lo menos que podría haber hecho es recibirnos personalmente.

—Se pondrá bueno para la fecha exacta —dijo Sylvia—. Siempre fue un poco raro...

—Se puede ser raro cuando se tiene dinero en abundancia —intervino Wylan ácidamente.

Leslie Brabham se volvió hacia el joven.

—Y usted, ¿no tiene nada que decir, profesor?

Al hablar, se inclinaba provocativamente. El escote de su vestido era muy excitante, y los senos exuberantes parecían ir a salirse fuera de la tela, de un momento a otro.

—Yo he venido aquí a trabajar, no a conmemorar aniversarios, señora —sonrió Crichton.

—Y a matar arañas —rió Sylvia. Relató el incidente sucedido en la biblioteca—. El profesor me ha salvado la vida —dijo, con fingido dramatismo.

«No lo sabes bien», pensó Crichton.

La conversación tomó luego otros derroteros, no demasiado animados. Al terminar la cena, los invitados empezaron a retirarse a sus habitaciones.

Crichton fue a la biblioteca. Se preguntó por qué June no había estado en el comedor. Quizá habría cenado en su aposento.

Empezó a buscar un libro para distraerse. Encontró uno, y se sentó en un butacón para hojearlo y comprobar si era el que le convenía para leer en la cama. De pronto, oyó pasos.

—Hola —dijo la señora Brabham—. Busco algo para leer.

Crichton se puso en pie.

—Hay mucho para elegir —sonrió.

—Siga, siga, no se preocupo por mí, profesor. Ya encontraré algo interesante.

Leslie empezó a recorrer las estanterías. De pronto, sacó un libro y lo abrió, pero lo tenía mal sujeto y se le cayó al sucio.

El golpe sobresaltó ligeramente a Crichton, que levantó la cabeza maquinalmente. Leslie estaba a seis o siete pasos, de espaldas a él, pero

inclinada para recoger el libro caído, El vestido era de falda corta, muy ajustado a las espléndidas caderas, y Crichton pudo ver, sin dificultad, las medias negras y el portaligas del mismo color, así como los encajes de las bragas negras. Sonrió. Era una postura que Leslie adoptaba deliberadamente.

Ella se enderezó, y volvió la cabeza un poco, sonriendo maliciosamente.

—El título del libro me asustó —dijo.

—¿De veras?

Leslie caminó hacia el joven, haciendo ondular las caderas. Al llegar junto al sillón, le tendió el libro.

—Juzgue por usted mismo. Son las Memorias de Casanova.

—¿Y eso le asusta?

—Debiera haber dicho mejor que me impresiona... ¿Qué opina usted de ese género de lectura para la noche?

Crichton estaba todavía sentado en el butacón. Ella se había inclinado hacia adelante, acercándose mucho al joven, que percibía la calidez de la carne perfumada. Crichton trató de mantenerse sereno y abrió el libro. Entonces, sintió en la mejilla el contacto de algo redondo, suave y tibio.

Leslie soltó una risita cuando el joven volvió la cabeza y su boca dio de lleno en el duro vértice rosado del seno izquierdo. Se enderezó y arreció el escote.

—Es un vestido muy..., peculiar. No sujeta nada —dijo.

Crichton se puso en pie. Aquella hermosa mujer le excitaba terriblemente. Y él era joven y nunca rechazaba una aventura amorosa. Fue hacia ella y le puso las manos en la cintura.

—Me gustaría comprobar lo que ese vestido no sujeta, pero en otro sitio —dijo.

Leslie echó el busto hacia atrás y rió suavemente.

—En un dormitorio, en la penumbra...

Crichton buscó la boca de labios generosos. Leslie oprimió su cuerpo contra el del hombre moviéndose lenta y voluptuosamente, a la vez que sus brazos enlazaban el cuello masculino con gesto posesivo. De repente, se oyó un leve chasquido, al que ambos, absortos en las mutuas caricias, no dieron ninguna importancia. Era un «chap» de escaso volumen, y volvió a repetirse a los pocos instantes.

Las manos de Crichton recorrieron la desnuda espalda femenina. Leslie parecía al borde de la explosión. Gemía y murmuraba frases apenas inteligibles, mientras los labios y las manos del hombre exploraban su cuerpo incesantemente. Entonces fue cuando oyeron aquellos tenues chasquidos.

—Está lloviendo, no te preocupes —dijo ella—. Sigue, sigue, no te pares...

Crichton empezó a pensar en las pieles que había ame la chimenea que decoraba uno de los rincones de la estancia. Volvió los ojos hacia allí, y entonces oyó otro chap» y se dio cuenta de que no era agua lo que caía y que, además, los sonidos se producían en la propia biblioteca.

De repente, todo su cuerpo sufrió un terrible estremecimiento. Sus ojos

amenazaron con salirse de las órbitas.

Leslie vio el súbito cambio de expresión y se alarmó.

—Vince, ¿qué te pasa . ?

Crichton tenía la vista fija en el lugar donde se producía el siniestro chapoteo. Leslie volvió la cabeza y lanzó un terrible alarido.

Goteaba sangre del techo.

Ella retrocedió, con la mano en la boca, horrorizada por la mancha roja que destacaba contra la blancura del estuco del techo, de cuyo centro, a intervalos regulares, se desprendía una gruesa gota, que estallaba sordamente al chocar contra el suelo.

Espeluznado, Crichton se preguntó a quién pertenecía la sangre.

—Leslie, ¿quién ocupa el dormitorio situado directamente sobre la biblioteca? —preguntó.

La mujer parecía próxima a desmayarse. Su cara estaba completamente lívida.

—Ha... Harry Keele...

Crichton dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de la biblioteca. Aterrada, Leslie corrió tías él.

—¡Vince, no me dejes sola! —chilló.

Pero el joven no le hizo el menor caso. Subió la escalera a saltos, llegó al corredor superior y, tras orientarse durante un segundo, se encaminó a la puerta de la habitación de Keele. Abrió de golpe y se tambaleó, lleno de horror por el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Keele yacía de bruces en el suelo, con el torso desnudo, y la espalda horriblemente destrozada por un arma que el joven no supo identificar, en los primeros momentos. Luego vio en los hombros ciertas señales de color cárdeno, y comprendió instantáneamente.

Detrás de él, sonó un terrible alarido. Leslie acababa de ver el cadáver e, incapaz de soportar el espectáculo, perdió el sentido y se desplomó como un fardo.

* * *

Una de las primeras en acudir fue June, quien recibió un terrible choque, al ver el inerte cuerpo de Keele. Envuelta en su bala, la secretaria tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para no seguir el mismo camino que la señora Brabham, a quien Crichton había llevado a su habitación. Leslie había recobrado el conocimiento, pero era incapaz de mantenerse en pie y de articular una frase coherente. Crichton la tapó con una manta, y regresó al dormitorio de Keele.

Los demás huéspedes fueron acudiendo sucesivamente. Sylvia se marchó corriendo, anunciando que iba a devolver la cena. Wylan apretó los labios y entornó los ojos.

—¿Quién diablos ha podido cometer semejante salvajada? —murmuró.

Crichton se atrevió a entrar en el dormitorio. Buscó una manta y se dispuso a cubrir el cuerpo de Keele. El pavimento, observó, era de madera encerada, por la que habían pasado muchos años. Había las suficientes grietas para que la sangre pudiera filtrarse a su través y llegar al techo de la biblioteca.

Las costillas y la espina dorsal blanqueaban al descubierto en muchos puntos. Keele había sufrido una terrible flagelación, no cabía duda.

—Pero ¿cómo es posible que no hayamos oído el menor ruido? —murmuró.

Se volvió hacia June.

—¿Usted tampoco oyó nada?

Ella hizo un gesto negativo.

—No. Estaba profundamente dormida...

—¿Señor Wylan?

—Harry dijo que iba a cenar en su dormitorio, eso es todo lo que sé —respondió el interpelado.

—Recuérdelo, Vince; lo dijo Hombo cuando nos servía la cena —intervino Leslie.

De repente, Crichton Concibió una sospecha.

—Señorita Terrill, ¿cuándo ha estado hoy, por última vez, en el dormitorio del señor Molyneux?

—A las seis de la tarde, minuto más o menos —contestó la muchacha, sin vacilar.

—¿Ha estado después?

—No.

—¿Le ha visto?

—No, y ya le dije que no he vuelto a verle desde que nos separamos, hace dos muses, en Nueva Orleáns. Sólo hablé de algunos asuntos relativos a sus propiedades; necesitaba instrucciones y...

—Profesor, ¿se le ha ocurrido preguntarse dónde están Hombo y el ama de llaves? —exclamó Wylan repentinamente.

—Leslie ha chillado lo suficiente para romper todos los vidrios —dijo Sylvia—. ¿Por qué no han acudido?

—¿Piensan que pueden ser culpables? —preguntó Crichton.

—Resultaría interesante saber qué hacían a la hora en que murió Harry —dijo Sylvia hoscamente.

—Parece que los condenan de antemano, sólo por el color de su piel —comentó Crichton acerbamente.

—Yo no acuso a nadie —dijo Wylan orgullosamente—. Lo único que quiero es conocer sus actividades en el momento en que mi amigo Harry moría asesinado. Y no fue una muerte rápida, ni tampoco piadosa —añadió, ceñudo.

—Bien, podemos interrogarles —admitió el joven—. June, ¿sabe usted dónde duermen?

—Si, en la planta baja —respondió la aludida.

Crichton echó a andar hacia la escalera. Por encima del hombro, dijo:

—Tendremos que avisar a la Policía.

—No hay teléfono —dijo June.

Crichton se detuvo, sorprendido.

—No hay...

—El señor Molyneux nunca quiso teléfono en River House. Decía que así se sentía más aislado, y que nadie le importunaba con llamadas que calificaba de estúpidas, en el mejor de los casos.

—Entonces, si necesitaban algo urgentemente...

—Pasábamos al otro lado, en la lancha.

—Hay muchos kilómetros hasta Norristown.

—Al otro lado hay un cobertizo y un coche, siempre dispuesto, aunque las llaves, lógicamente, están aquí. Lo dispuso así el señor Molyneux, no me mire de tan mala manera —se quejó June.

—Discúlpeme, pero es que lo que ha sucedido me ha puesto nervioso —Y cuando ya bajaban las escaleras, se volvió hacia ella—. Aquí suceden cosas un poco raras, por decirlo con buenas palabras —agregó.

June apretó los labios, pero no dijo nada. Crichton comprendió que el empleo la constreñía a abstenerse de ciertos comentarios que, en su boca, habrían resultado improcedentes.

Ella le condujo hasta una puerta, que dijo correspondía al dormitorio de Hombo. Llamaron, pero al ver que nadie respondía, abrieron y entonces vieron la estancia completamente vacía.

Crichton frunció el ceño. La cama aparecía en perfecto orden. ¿Dónde se había metido Hombo?

El dormitorio de Selena ofrecía el mismo aspecto. Todo ordenado, pero nadie en su interior. Crichton empezó a sentirse muy preocupado.

¿Habían cometido los sirvientes aquel crimen y luego se habían dado a la tuga?

De repente, se oyó un estridente alarido en el vestíbulo:

—¡Hombo! ¡El espectro de Hombo! —gritó Sylvia Sanders.

CAPITULO VI

Crichton se lanzó a la carrera hacia el vestíbulo. Al llegar a la puerta de acceso a las habitaciones del servicio, vio algo que le dejó estupefacto.

Hombo estaba en la entrada, completamente empapado de agua, y sostenía en sus brazos al ama de llaves, quien parecía a punto de desfallecer. Selene tenía la falda rasgada en el lado derecho y se veían algunas manchas de sangre en la parte del muslo que quedaba al descubierto. Sus ropas estaban asimismo chorreando agua.

Crichton se acercó rápidamente a la pareja.

—Hombo, ¿qué ha sucedido?

—Lo siento mucho, señor —contestó el mayordomo—. Hemos sufrido un accidente... Selena, ¿puedes llegar a tu dormitorio?

—Hay que curar esa pierna herida —dijo June vivamente—. Iré a buscar el botiquín. Hombo, llévela a su cama inmediatamente.

—Sí, señorita.

Sylvia descendió las escaleras, seguida de Wylan.

—Lo lamento muchísimo —manifestó—. Vi entrar a Hombo, con ese aspecto y se me turbó la mente

—La verdad, a mí también me pareció un fantasma —gruñó Wylan.

—Será mejor que esperen aquí —aconsejó el joven—. Voy a enterarme de lo que les ha sucedido.

Hombo estaba junto a la cama, en la que había acostado a Selena. El ama de llaves parecía muy recuperada.

June apareció en aquel instante, con una caja de cura en las manos.

—Déjeme, Selena —pidió.

Crichton se encaró con el mayordomo.

—¿Y bien, Hombo?

—En cierto modo, la culpa es nuestra, señor. Selena y yo acordamos ir al cementerio, a colocar una lápida, en memoria del abuelo de ella. Hacía semanas que la estaba preparando y ya había terminado la inscripción. Selena quería que se conservase la memoria de su abuelo...

—Murió cuando yo era una niña —intervino el ama de llaves—, pero todavía alcancé a oírle contar cosas que le sucedieron cuando era un esclavo.

—¿Está enterrado en el cementerio de los esclavos?

—Sí, señor. Desconozco el lugar exacto, pero la lápida serviría de recordatorio... —Selene empezó a llorar mansamente—. Pero ya no podré colocarla...

—¿Por qué? —se extrañó el joven.

—La lápida era muy pesada, unos ciento veinte kilos, aproximadamente, y eso que elegí una losa no muy gruesa —intervino Hombo—. Pero la lancha era ya muy vieja y algunas de sus maderas estaban podridas.

Crichton contuvo el aliento. Hombo asintió.

—Sí, señor, la lancha se hundió, cuando estábamos a treinta pasos escasos de la orilla, pero de este lado. Yo también peso bastante... y se abrió una vía de agua en el fondo, que provocó el hundimiento sin darnos tiempo a retroceder. Hace tiempo que le venía pidiendo al señor Molyneux que comprase un nuevo bote, pero siempre lo difería...

—Me atacó un caimán —dijo Selene—. Por fortuna, sólo me rozó con el lomo; Hombo lo espantó a golpes de remo.

June terminó de curar los rasguños y los cubrió con gasa, que sujetó mediante tiras de cinta adhesiva.

—Bien, de momento estamos incomunicados —dijo—. Pero eso no es lo más grave. El señor Keele ha sido asesinado.

Selene se sentó de golpe en la cama.

—Oh, no...

—Ha muerto a consecuencia de los latigazos que alguien le propinó, destrozado, desangrado, y nadie hemos oído el menor ruido —siguió la muchacha—. Hombo, ¿a qué hora se dirigieron ustedes al cementerio?

—Serian poco después de las diez, señorita —respondió el mayordomo.

—Pero yo vi al señor Keele a las ocho, cuando le serví la cena —alegó el ama de llaves.

—Y estaba vivo.

—Muy vivo —contestó Selena significativamente—. Tuve que... aplacar sus manos, demasiado... movedizas.

—De modo que salieron de la casa a las diez. —Crichton consultó su reloj de pulsera—. Son casi las doce y descubrimos el cadáver hace menos de media hora.

—El camino hasta el embarcadero cuesta menos de cinco minutos, sobre todo, si es de bajada —dijo June.

—Yo iba cargado con la losa. De cuando en cuando, tenía que pararme a descansar —manifestó Hombo.

—Le juro que no hemos sido nosotros, señorita —exclamó Selena con gran vehemencia— Vamos, Hombo, dile la verdad de una vez.

—Está bien —accedió el mayordomo, evidentemente de mala gana—. Selena y yo...

—¿Son marido y mujer? —sospechó June.

—No, señorita; pero nos amamos.

—Oh...

—Bien, salimos de la casa y ella me contó lo que le había pasado con el señor Keele. Yo... yo empecé a bromear, tratando de repetir lo que había hecho el señor Keele... la cosa se complicó...

Crichton ocultó una sonrisa.

«La temperatura es agradable y hay hierba suficiente en el jardín para amarse sin testigos molestos», pensó. A veces, las facilidades que podía ofrecer un dormitorio, causaban efectos distintos a los buscados. La clandestinidad de un jardín y el cielo estrellado podían resultar unos

magníficos afrodisíacos.
—Está bien, Hombo —dijo—. Pero ahora nos enfrentamos con el problema de avisar a la policía.
—No sé cómo lo haremos, señor; la lancha está en el fondo, a casi dos metros, sujeta por la losa... y yo, sinceramente, no me atrevo a pasar al otro lado.
Crichton se tiró del labio inferior.
—Habrá que buscar algún medio —dijo—. Y, si tardamos tan sólo un par de días, el cadáver empezará a..., bueno, en este ambiente, la descomposición orgánica se produce muy pronto, me imagino.
—Hay un frigorífico que apenas se utiliza, señor —indicó el mayordomo.
June se estremeció.
—Un frigorífico —repitió.
—Debemos ser realistas —dijo Crichton—. Antes de veinticuatro horas, el hedor será insoportable y...
—Si me permite el señor —intervino Hombo—, le aconsejaría tomase algunas fotografías del cadáver. Puede interesar a la .policía y nosotros le serviríamos de testigos, a fin de que no se produzcan dudas en la investigación posterior.
—Es una excelente idea —convino el joven—. June, acompañe a Selena unos momentos.
Pero el ama de llaves se levantó con notable viveza.
—Ya estoy bien —declaró—. Les acompañaré a la habitación del señor Keele.
Crichton impresionó unas cuantas placas, desde distintas posiciones. Leslie, recuperada en parte, aguardaba en el pasillo, junto con Sylvia y Wylan. Al terminar. Hombo envolvió de nuevo el cadáver en la manta que lo había cubierto hasta aquel momento y lo levantó en vilo, sin apenas dificultades.
—Será mejor que se retiren a descansar —recomendó—. Selena y yo nos ocuparemos de guardar el cadáver del pobre señor Keele en el frigorífico.
Crichton asintió. Guando Hombo salía ya, con su fúnebre carga en brazos, se acordó de algo repentinamente.
—Selena, ¿no sería conveniente avisar al señor Molyneux y enterarle de lo que le ha pasado? —preguntó.
—No podré decírselo hasta la mañana, señor —respondió el ama de llaves —. El señor toma unos sedantes muy fuertes, para dormir sin molestias.
—Comprendo. Muchas gracias, Selena.
—A usted, señor.
Las mujeres se retiraron sucesivamente a sus dormitorios. Leslie anunció que se iba a tomar una doble dosis de somníferos.
—Creo que nunca podré olvidar esa horrible visión... La sangre goteaba del techo...
Wylan se acercó al joven y le ofreció un cigarrillo.

—Profesor, ¿qué opina usted? —preguntó.

Crichton inhaló el humo antes de contestar.

—Un asunto muy feo, muy extraño —dijo—. Pero quizás usted sepa más que yo.

—¿Cómo puede decir...?

—¿Qué asunto es el que iba a llenarles de billetes a usted y a Keele?

Wylan palideció instantáneamente.

—No entiendo...

—Hace dos días, y no precisamente por chismoso, les oí conversar a usted y a Keele. Hablaban de Molyneux. Keele se sentía impaciente. Usted decía que no tenían por qué acelerar las cosas. A Molyneux le quedaba ya muy poco tiempo de vida, según dijo usted mismo, repitiendo el informe de un médico amigo suyo.

—Ese es un tema que no le interesa a usted en absoluto, profesor —dijo Wylan hoscamente.

—Puede estar relacionado con la muerte de Keele.

—¿Sospecha que lo hice yo? —Wylan emitió una agria carcajada—. ¡Por Dios, profesor, sea sensato! Si hubiese querido asesinar a Keele, lo habría hecho por un procedimiento menos ruidoso, ¿no? Un hombre que es azotado chilla...

—Pudo haber muerto antes y luego sufrir la flagelación, cuando todavía estaba caliente su cuerpo, lo que explicaría su silencio y la terrible hemorragia.

Wylan se puso rígido.

—Lo único que puedo decirle es que no he sido yo, profesor —contestó con glacial acento. Giró sobre sus talones y se marchó con paso muy rápido.

* * *

Se había quitado la chaqueta y empezaba a desabotonarse la camisa cuando, de pronto, oyó que llamaban a la puerta. Al abrir, vio el rostro de June.

—¿Puedo hablar un momento con usted, profesor? —consultó la joven.

Crichton se apartó, a un lado.

—Entre, pero llámeme Vince —sonrió—. ¿Qué le preocupa, muchacha? ¿La muerte de Keele?

—Bastante, pero hay otra cosa que aún me preocupa mucho más —dijo June.

Crichton fue hacia la consola y vertió un poco de brandy en una copa.

—Tome un sorbo y cuénteme lo que le sucede —dijo amistosamente.

—Es... referente al señor Molyneux —manifestó ella, después de probar el licor—. No... no me gusta lo que está sucediendo. Jamás se había comportado de semejante manera.

—¿A qué se refiere, June?

—¿Por qué no me permite que le vea? Se comprende que no quiera ser visto por sus huéspedes; eran amistades relativamente superficiales y, en cuanto a usted, no se habían conocido personalmente jamás. Pero yo llevaba ya dos años como su secretaria personal. A veces, es cierto, si se trataba de resolver un asunto demasiado complicado, me aconsejaba visitase a un famoso abogado de Nueva Orleáns...

June inspiró profundamente.

—Hace algunos meses, empezó a sacar dinero del Banco, en sucesivas ocasiones. Cuando quise conocer sus motivos —prosiguió—, él se negó a darme explicaciones. De cuando en cuando hacía un viaje a River House, y siempre traía un maletín lleno de billetes. Si mis cálculos son exactos, y no creo errar demasiado, ahora hay aquí un millón de dólares.

Crichton se quedó pasmado.

—Un millón...

June hizo un movimiento afirmativo.

—No rebajo un centavo —aseguró—. Pero no sé dónde guardó el dinero.

—Bien, quizá cambió de forma de pensar y creyó que su fortuna, o por lo menos, parte de ella, estaría aquí más segura que en el Banco.

—No sé... Es probable que sí... pero... ¿por qué no puedo verle?

—¿Ha intentado usted apartar las cortinas de golpe, mediante la sorpresa?

—Confieso que no me he atrevido. Lo he pensado, efectivamente, pero siento una especie de temor, supersticioso si lo quiere definir así, que me impide llevar a la práctica esa idea. Simplemente, no me siento con ánimos para hacerlo.

—El aniversario es ya dentro de tres días. Esperemos a esa fecha —aconsejó Crichton.

—Sí, afirmó una y otra vez que estaría levantado para entonces. Si no fuera así, creo que... me despediría.

—Por ahora, nadie puede abandonar la casa, June. A menos que quiera encontrarse con los caimanes y aligátores.

Ella se estremeció.

—No, no cruzaría el río por nada del mundo. Sin embargo, confío en que todo se solucione el día del aniversario. Encargue provisiones y las traerán esa fecha. Si ven que la lancha se ha hundido, volverán a Norristown y harán algo para socorrernos.

—Lo cual no deja de ser un consuelo —sonrió Crichton—. June, no se preocupe. Todo se resolverá bien, sin problemas, y el señor Molyneux acabará por explicar los motivos que tuvo para reunir aquí un millón de dólares en efectivo. Tómese un sedante y procure descansar.

June pareció sentirse más aliviada.

—La verdad, creo que necesitaba desahogarme con alguien, pero... ninguno de los invitados me ofrecía demasiada confianza... Usted es... distinto, Vince.

—Gracias por la buena opinión que tiene de mí, aunque debe Saber que

sólo soy un hombre, como los demás.

—Es bastante mejor —afirmó ella—. Buenas noches. Vince.

—Buenas noches, June.

Crichton se metió en la cama poco después. Abajo, en alguna parte, un cadáver descansaba en un frigorífico.

En la casa había un millón de dólares. Alguien ambicionaba esa fortuna. ¿Acaso Keele había muerto para no poder disfrutar de su parte en semejante cantidad de dinero?

Pero había cosas todavía más preocupantes: las alucinaciones que había tenido. Hombo, transformándose en un horripilante esqueleto, la fotografía desaparecida, el bastón que se convertía en serpiente…

¿Qué explicación racional se podía dar a aquellos extraños fenómenos?

CAPITULO VII

Encendió la pipa junto al embarcadero y contempló las quietas aguas, agitadas de cuando en cuando por los surcos originados por algún saurio al deslizarse en busca de alimento. A veces, se elevaban tenues hilachas de bruma y se arrastraban pegadas a la tierra, enroscándose entre los árboles. Al otro lado, a unos doscientos metros, se divisaba el cementerio de los esclavos.

¿Cuántos huesos se habían fundido con la tierra? En los archivos de la biblioteca, sin duda, encontraría los datos suficientes. Posiblemente, habría pocos nombres, pero sí cifras. Un propietario de esclavos debía llevar al día las altas y bajas de sus propiedades humanas. De pronto, recordó la sangre del techo y sintió un escalofrío.

Forzándose a sí mismo, regresó a la casa, sumida en un ominoso silencio. Fue a la biblioteca y miró hacia arriba.

Allí estaba aún la mancha, ya seca y ennegrecida. De pronto, sonó la voz de Hombo:

—Tendremos que pintar ese trozo del techo, señor.

—Sí, sería conveniente.

—Sin embargo, no hay pintura en la casa. Habrá que esperar a que podamos comprar en el pueblo.

—El sábado, creo, llegará la camioneta de las provisiones.

—Sí, señor. Les encargaremos que nos traigan un bote hinchable. Por el momento, es la mejor solución.

—¿Ha hablado ya con el señor Molyneux?

—Sí, señor, y está conforme con la compra del bote.

—¿Cómo se encuentra hoy, Hombo?

—Mucho mejor, señor.

—Le habrá hecho saber lo que sucedió anoche.

—Perdón, pero me pareció más prudente no excitarle. Todavía no se encuentra completamente restablecido... Esa afección cutánea le quitó el apetito y ello le ha debilitado muchísimo.

—Comprendo. Salúdele en mi nombre cuando le vea.

—Bien, señor.

Crichton se volvió bruscamente. Hombo se alejaba ya, pero su aspecto era enteramente normal. Se dio cuenta de que sudaba y sacó un pañuelo para secarse la frente.

Dos horas más tarde, entró Leslie Brabham.

—¿Qué tal has pasado la noche? —preguntó.

—No muy bien —sonrió él.

—Yo he tenido unas pesadillas horribles...

—Es lógico. Todos los días no se ve a un hombre muerto a latigazos.

—Como morían aquí los esclavos antiguamente —dijo ella con sombrío acento—. Pero... también...

—¿Sí?

—Algunos fueron ahorcados. Otros fueron arrojados a los cocodrilos.

—¡Leslie! Exageras...

—Es la pura verdad. Nuestros antepasados eran unos verdaderos demonios. Si hay una justicia en el más allá, ahora están en el infierno —dijo ella dramáticamente.

—No me cabe la menor duda, aunque sólo fuese por los malos tratos infligidos a unos seres humanos. Pero, a decir verdad, celebrar el aniversario de la construcción de una casa de recuerdos tan siniestros, me parece, por lo menos, una broma macabra.

Leslie se encogió de hombros.

—No podíamos negarnos a la invitación —respondió.

—¿La hizo Molyneux en persona?

—Claro.

—Quiero decir si habló contigo, aunque fuese por teléfono...

—Me escribió una carta. Por supuesto, nos conocíamos desde hacía bastante tiempo, lo mismo que los otros.

—¿Conservas esa carta?

—No, ¿para qué? Cuando contesté aceptando, lo hice por telegrama, que le i raerían desde el pueblo, supongo.

—Los demás también fueron invitados por el mismo procedimiento.

—Sí, es cierto.

—Leslie, quiero hacerte una pregunta. Contéstame sinceramente, por favor.

—Claro, Vince.

—¿Quién mató a Keele?

Los ojos de la mujer se fijaron profundamente en la cara de su interlocutor.

—No lo sé —contestó.

En aquel instante. Crichton adquirió la convicción de que la respuesta de Leslie no era totalmente sincera. Le ocultaba algo, pero ¿qué era?

—Gracias —sonrió.

Ella le guiñó un ojo.

—Ahora no es un momento muy apropiado —dijo—. Pero si a la noche vienes a mi cuarto, podremos tomar una copa juntos... y continuar la conversación que anoche no pudimos terminar.

—Tal vez vaya, desde luego.

Leslie se marchó, moviendo incitantemente sus opulentas caderas. Parecía haber superado el choque causado por el asesinato de Keele. Era una mujer de sentimientos demasiado amplios, se dijo el joven.

* * *

A media tarde, inesperadamente, encontró un pequeño librito, encuadernado muy pobremente, cuyo título llamó su atención de manera

extraordinaria.

Era un titulo altamente revelador: «Relación de los crímenes que unos sujetos tiránicos y malvados cometieron en la propiedad denominada River House, con la descripción completa de las torturas que sometían a sus víctimas y moraleja final que se desprende de la lectura del presente opúsculo.»

Sí, el título era largo, enteramente adecuado a la época en que el autor, anónimo, puesto que su nombre no figuraba en la portada, había escrito lo que, en realidad, era un panfleto no superior a las ochenta páginas. Pero antes de que pudiera iniciar la lectura, entró June.

—¿Interrumpo? —preguntó la muchacha.

Crichton se puso en pie.

—No, en absoluto. ¿Sucede algo?

—He hablado con Molyneux.

—¿Y...?

June se le acercó.

—Cada vez me siento más a disgusto en esta casa. —Bajó la voz—. Hay momentos en que no estoy segura siquiera de que el hombre que me habla desde el otro lado de las cortinas sea Philip Molyneux.

Crichton frunció el ceño.

—¿Un impostor?

—No sé, no podría asegurarlo pero ¿por qué no quiere que le vea yo?

—June, si sospecha que se trata de un impostor, puede comprobarlo muy fácilmente.

—Dígamelo, Vince. Quizá me tranquilice así.

—Pasado mañana llega la camioneta con las provisiones. Tendrá que pagarlas, ¿no?

—En efecto.

—Extienda un cheque y haga que se lo firme. Al cabo de dos años, tiene que conocer la firma de Molyneux, me parece.

—Es cierto, aunque existe un inconveniente, Vince.

—¿De veras?

—En la casa no hay más que un talonario de cheques y lo tiene él.

—Bueno, eso no es problema. Hombo y Selena sí pueden verle. Dígales que le pidan el cheque a Molyneux.

June sonrió.

—Lo haré ahora mismo —aseguró.

—Dígame más tarde el resultado de su gestión —solicitó Crichton.

Al quedarse solo, se dispuso a iniciar la lectura del panfleto, pero sus propósitos se vieron frustrados por la inesperada irrupción de Sylvia Sanders.

—Vince, quiero decirle una cosa —exclamó la mujer.

—¿Interesante?

—Peter ha encontrado la manera de cruzar el rio.

—No será a nado —se alarmó Crichton.

—No, claro que no. Pero en la casa hay muebles más que suficientes. ¿Ha visto la mesa del comedor? Es enorme y flotará sin dificultades. Un hombre puede sostenerse fácilmente sobre ella, vuelta del revés, por supuesto.

—¿Quiere marcharse ahora mismo, Sylvia?

—Mañana por la mañana, Vince.

—¿Sin esperar al aniversario?

—Hombre, hay que avisar a la policía, ¿no?

—Pasado mañana viene la camioneta de las provisiones.

—Peter quiere hacerlo antes —insistió Sylvia.

—Muy bien, si piensa que puede dar resultado, le ayudaremos a sacar la mesa... pero ¿qué dirá su dueño?

—¿Molyneux? —Sylvia se echó a reír—. Le sobra dinero para comprar otra mesa, si ésta se estropea con el agua.

—Está bien, la idea es excelente. Poro aún queda luz...

—Hay casi doce millas hasta el pueblo. Será preciso caminar a pie y la carretera está solitaria. Se haría de noche mucho antes de llegar allí.

—De acuerdo. Cuando vayan a lanzar la mesa, avísenme.

Sylvia se marchó. Crichton emitió un gruñido.

—A ver si ahora puedo leer, de una vez, ese condenado libro —murmuró, mientras se arrellanaba en un butacón.

La lectura resultó fascinante. Resultaba patente, por otro lado, que el autor había acumulado tópicos sanguinarios y sus líneas rezumaban un odio salvaje hacia los autores de aquellos crímenes. Pero Crichton estaba habituado a extraer la verdad de publicaciones interesadas y dedujo que, en buena parte, los datos que se citaban en el panfleto eran verídicos.

Además, era preciso tener en cuenta la época y la mentalidad de los dueños de esclavos, para quienes los trabajadores no eran más que animales a los que se podía tratar de cualquier forma, sin que nadie les pidiese cuenta después. Uno de los nombres que citaba el libro era el de William Keele, sin duda antepasado del Keele muerto la víspera. El primer Keele era el más partidario de la flagelación y, hasta en ocasiones, lo había hecho por su propia mano, sustituyendo así a sus capataces.

Era una coincidencia pasmosa, se dijo. Pero todavía había más detalles, capaces de infundir espanto en el ánimo del hombre más esforzado.

Crawford Huggles prefería la horca. Disfrutaba viendo patalear a los esclavos condenados a la última pena. Sin embargo, había otros todavía mucho más perversos, infernalmente sádicos.

Winston Sanders había hecho morir a algunos esclavos, mediante la mordedura de una serpiente venenosa. En cuanto a Charles Wylan, su principal placer consistía en arrojar los condenados a los saurios y verlos morir, devorados cuando todavía alentaban.

Cerró el libro mucho más tarde. Había exageraciones indudables, sí, pero también un fondo de verdad en aquella horripilante narración, cuyo autor, temiendo quizá represalias, no se había atrevido a firmar el libro.

Encendió la pipa. Ya anochecía. Un buen trago de whisky le haría sentirse mejor, pensó.

Entonces, entró June, con un papel en la mano.

—Estaba equivocada —dijo—. Es Molyneux.

—La firma es auténtica.

—Sin duda alguna —corroboró la muchacha—. Pero el enigma sigue en pie.

—Lo cual significa que aún no quiere dejarse ver.

—Exactamente, Vince.

CAPITULO VIII

Extrañado, Crichton miro a su alrededor.

—¿Sabe Leslie que ya es hora de cenar? —preguntó.

Sylvia se encogió de hombros.

—Quizá desee hacer un poco de régimen. Le oí pedir un zumo de frutas hace bastante rato. Tiene tendencia a engordar. —Rió burlonamente y añadió —: Es de las que aumentan un kilo sólo con oler un pastel recién sacado del horno,

Wylan comía precipitadamente, con los ojos casi metidos en el plato, sorbiendo la sopa con ruidos poco agradables. Crichton se volvió hacia el sujeto.

—Peter, ¿cree que la mesa puede soportar su peso? —preguntó.

Wylan suspendió inmediatamente la tarea de alimentarse.

—Sí. Mírela. Fue construida para que pudieran comer a la vez doce personas. La botaremos en cuanto se haya hecho de día.

Crichton frunció el ceño. Ahora recordaba el diálogo sostenido con Sylvia. Ella había dicho que se haría de noche, si atravesaba el rio aquella misma tarde, antes de llegar a Norristown. Pero al otro lado había un garaje con un coche, para ser utilizado en situaciones imprevistas.

¿Acaso ignoraban el detalle?

—¿Y cómo navegará? —preguntó.

—Sobran palos para hacer una buena pértiga.

—Usted no tiene práctica...

—¡Por todos los diablos! ¿Quiere dejar de decir cosas estúpidas? —barbotó Wylan exasperadamente. Voy a intentar solucionar esta situación absurda y lo único que se le ocurre es formular objeciones, en lugar de tratar de ayudarme. Su situación es tan mala como la mía, profesor, no lo olvide.

—Ahí creo que se equivoca —dijo Crichton, después de reponerse del asombro que le había causado la insólita reacción de Wylan—. Yo no tengo ningún interés por el dinero que, supuestamente, se encuentra en la casa.

Wylan arrojó el tenedor sobre la mesa y se puso en pie.

—Ha conseguido fastidiarme la cena, maldita sea —gruñó—. ¡Váyase al infierno, profesor!

Sylvia soltó una risita.

—Está un poco nervioso —dijo—. Sea comprensivo. Vince.

—Bueno, en cierto modo, yo sólo trataba de ayudarle. La mesa es grande, Dotará, podrá mantenerse en ella... pero su estabilidad no me parece muy grande. Soy aficionado a la vela y entiendo un poco de navegación. Sylvia.

—Es usted un poco curioso. Profesor de historia y aficionado a la náutica...

—Conozco a un arqueólogo que, en sus ratos libres, se dedica... ¿No es capaz de imaginárselo?

Sylvia puso un codo sobre la mesa y apoyó la mano en la barbilla.

—Dígamelo, Vince.
—Está chiflado por la lucha libre.
—En este mundo, hay gente capaz de todo —rió ella. Golpeó la mesa con los nudillos—. Pero es fuerte y aguantará su peso.
—Se mojará.
—Bueno, podrá llegar al otro lado y pedir auxilio.
—Esperemos que todo salga bien —deseó Crichton—. Y esperemos también que Molyneux esté presente el día del aniversario.
Sylvia miró su reloj.
—Son cerca de las nueve. La fecha exacta se iniciará mañana, a partir de las doce de la noche. —Miró a su alrededor y suspiró—. Nadie diría que esta casa tiene siglo y medio.
—Está muy bien conservada, en efecto. ¿Un poco más de salsa?
—No, gracias, ya tengo bastante. Pediré un poco de café.
Crichton alargó la mano hacia una campanilla de plata que había sobre la mesa y la tocó varias veces. Hombo apareció a los pocos momentos.
—¿Llamaban los señores?
—La señorita desea café. Y yo también, por favor.
—Muy bien, señor.
Crichton sacó su pipa y empezó a cargarla.
—Sylvia, ¿les dijo Molyneux algo acerca de la fiesta que se celebraría para conmemorar el aniversario? Me refiero a un programa determinado, un banquete o algo por el estilo...
—No, no dijo nada. Sólo mencionaba una sorpresa en su carta. Es un hombre encantador... o lo era antes de caer enfermo.
—Usted parece haberle conocido bien —sonrió el joven.
—Un poco —respondió Sylvia maliciosamente. Bajó la voz—. Ahora le gustaba más Leslie —añadió, incisiva.
—¿Celosa de que otra mujer goce de las preferencias del señor de River House?
—No, suelo ser realista y no me hago ilusiones, cuando me enfrento con ciertas situaciones. Philip se cansó de mí, eso es todo. No se preocupe; también se cansará de Leslie. Suele suceder cuando el hombre es joven, rico, soltero y caprichoso.
—Ha dicho joven... ¿Cuántos años tiene Molyneux?
—Treinta y cinco.
—Sí, es joven —reconoció Crichton. De buena gana hubiera preguntado a la mujer por el testamento de Molyneux, que ella había citado en una ocasión anterior, por lo menos, pero le pareció que iba a ser demasiada indiscreción y decidió mostrarse discreto.
Terminó su café y se puso en pie.
—Voy a buscar algo para leer en la biblioteca. Buenas noches —se despidió.
Sylvia quedó sola en el comedor, con la botella de coñac al alcance de la

mano. El alcohol la haría dormir mejor que cualquier sedante, pensó Crichton mientras cerraba la puerta del comedor.

Luego, en la biblioteca, se entretuvo en especular consigo mismo acerca de cierto acontecimiento cuyo desenlace ignoraba. El panfleto, que tenía en su dormitorio, mencionaba la clase de muerte que habían sufrido los cuatro socios de Molyneux. Pero no mencionaba la forma en que había muerto el constructor de la casa.

—¿Fue asesinado? ¿Murió en la cama? —murmuró.

Quizá Hombo pudiera informarle al respecto, se dijo. Y, sin vacilar, se encaminó a las habitaciones del servicio.

Hombo y el ama de llaves charlaban apaciblemente en la cocina y se sorprendieron al verle.

—Señor... —dijo el mayordomo, poniéndose en pie respetuosamente.

—Disculpen que les interrumpa —sonrió Crichton—. Ustedes ya saben los motivos de mi presencia en River House. Hombo ha tenido la amabilidad de facilitarme algunos detalles de la propiedad, pero ahora me gustaría preguntarle si sabe la forma en que murió el primer Molyneux. Me refiero, naturalmente, al que hizo construir el edificio.

—Lo siento mucho, señor. En realidad, nadie sabe lo que le sucedió. Desapareció un día y, se supone, ahogado en el río o tal vez aprisionado en algún banco de arenas movedizas —contestó el mayordomo.

—En el archivo encontrará los testimonios e informes que se escribieron entonces por las autoridades de Norristown —añadió Selena.

Crichton emitió una sonrisa de circunstancias.

—Dispensen. Muchas gracias a los dos. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —respondió Hombo cortésmente.

Crichton abandonó la cocina, disponiéndose a dirigirse a su habitación. De pronto, cuando ya acometía el primer peldaño, vio a Sylvia, lívida, desencajada, que se acercaba al pasamanos, tambaleándose espantosamente.

Sylvia dobló las rodillas y se agarró con una mano a la barandilla, a la vez que extendía la otra en determinada dirección. Quería decir algo, pero sólo brotaban de sus labios sonidos inarticulados.

Crichton subió los escalones a saltos.

—¡Sylvia! ¿Qué le ocurre? —gritó.

Ella tartajeó algo que no se podía entender, a la vez que insistía en sus ademanes. Crichton miró en aquella dirección y vio una puerta abierta.

Lentamente, temiendo lo peor, se acercó a la puerta. Desde el umbral lo vio todo con absoluta claridad.

¡Leslie Brabham colgaba de una cuerda, sujeta a una de las vigas del techo!

* * *

El hermoso rostro de la mujer estaba amoratado, con los ojos casi saltados

de las órbitas y un trozo de lengua asomando por la boca, torcida en una horrible mueca. Debajo de sus pies, a dos palmos del suelo, se veía una silla volcada.

June salió en aquel momento de su dormitorio y corrió hacia el joven.

—¡Vince!

Crichton extendió una mano.

—¡Quieta, June!

Pero ya era tarde. La muchacha había captado la horrible visión y se tambaleó un poco.

—Dios mío —musitó.

Crichton volvió la cabeza. Sylvia estaba en la misma situación, atontada por el horror de lo que había visto.

—June, esfuércese, atiéndala —indicó.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Crichton se atrevió a entrar en la habitación.

Dominando las aprensiones que sentía, dio una vuelta completa en torno al cadáver. No había medias en las piernas de Leslie y se atrevió a tocar la piel. Estaba ya fría. Leslie, supuso, había muerto al menos una hora antes.

June vino a los pocos momentos. Crichton se volvió hacia ella.

—¿Suicidio? —dijo la chica.

—Hay mucha distancia hasta el techo. La soga, además, ha sido atada a la viga.

—Pero ella tuvo que verlo...

—Quizá la amordazaron mientras preparaban el crimen.

—¿Quién, Vince?

—La silla volcada no es más que una burda ficción de un suicidio que no es tal. Se necesita una escalera para llegar hasta la viga...

De pronto, vio una mesa y una silla a corta distancia. Se acercó a la mesa y pasó el dedo por unas ligeras rayas que había en su pulida superficie. Luego elevó los ojos hacia el techo.

—Una mesa, una silla... y un hombre de buena estatura; no se necesita más para atar la sosa a la viga —dijo.

June se estremeció.

—Molyneux es muy alto, mucho más que usted —bisbiseó.

—Pero está enfermo.

—Empiezo a dudar de su enfermedad —dijo June con voz muy tensa.

—Sería cosa de insistir en verle, pero creo que eso puede esperar hasta mañana. Ahora deberíamos llamar a Hombo, para que nos ayude a bajar el cuerpo.

June se acercó a la pared y tiró del cordón de la campanilla varias veces. Hombo llegó a los pocos momentos.

Crichton estudió atentamente sus reacciones. La oscura piel del rostro de Hombo se tomó grisácea un instante muy breve. Después de haber dado un paso en el interior, retrocedió, como si le hubiesen asestado un puñetazo.

—Horrible, señor —dijo—. Se ha suicidado, parece.

—Opino de forma muy distinta, Hombo —manifestó el joven—. Es un asesinato. Ella no ha podido llegar hasta la viga para atar la soga.

Hombo se puso las manos en el pecho.

—Señor, le juro que yo no...

—Eso es algo que averiguará la policía —cortó Crichton—. De momento, ayúdeme a bajar el cadáver. Traiga un Cuchillo para cortar la soga, por favor.

—Sí, señor, al momento.

Crichton se volvió hacia la muchacha.

—June, temo que me estoy conviniendo en un fotógrafo policial honorario —dijo—. Voy a buscar mi cámara.

Ella salió al pasillo.

—Es extraño —comentó—. Wylan no ha dado señales de vida.

—Luego averiguaremos por qué está callado —dijo él, a la vez que corría hacia su dormitorio.

Unos minutos después, Hombo, subido en la mesa, cortaba la cuerda. Vincent sujetaba el cuerpo de Leslie por las piernas. El mayordomo saltó al suelo y le ayudó a poner el cadáver sobre la cama.

—¿Cree que deberíamos llevarlo al frigorífico, señor? —consultó.

—¿Hay sitio, Hombo?

—Sí, señor.

—Entonces, hágalo.

Momentos más tarde, Crichton y June quedaban a solas nuevamente. Crichton buscó cigarrillos. June aspiró, nerviosa, el humo del suyo.

Luego, Crichton dijo:

—Leslie ha muerto como los esclavos a quienes mataba su antepasado.

—No entiendo —dijo la muchacha.

—Encontré un panfleto en la biblioteca y explica la forma en que se «divertían» los cuatro socios de Molyneux. A Keele le gustaba azotar a los esclavos o, por lo menos, presenciar las flagelaciones. Huggles era partidario de la soga y aplicaba la sentencia, demorando la muerte del condenado durante mucho rato, para que sufriesen más todavía. Por si no lo sabía, el apellido de soltera de Leslie era Huggles.

June sintió un escalofrío.

—Alguien se venga en ellos de la misma forma que cometieron sus crímenes —murmuró—. ¿Y los otros dos?

—A Sanders le gustaba ver cómo morían los esclavos, mediante la picadura de una serpiente venenosa.

De súbito, Crichton sintió un escalofrío de horror.

—¡El bastón convertido en serpiente! —exclamó.

Y, ante la perplejidad de la muchacha, salió fuera del dormitorio, corriendo desesperadamente, como si le persiguiera algún espantoso monstruo.

CAPITULO IX

En el dormitorio no había nada que se pareciese a un bastón. June se sentía perpleja ante la insólita actitud del joven.

—Vince, ¿querrá explicarme...?

—Aguarde todavía un momento —pidió él—. Quiero ver qué le pasa a Wylan.

Antes de cerrar, lanzó una mirada hacia el lecho, en el cual, merced a una dosis de sedante, Sylvia estaba sumida en un profundo sueño. Cerró la puerta y buscó el dormitorio cíe Wylan.

En la atmósfera había un penetrante olor a alcohol. Wylan estaba dormido boca arriba y roncaba estrepitosamente. Sólo se había despojado de la chaqueta y los zapatos. En el suelo, junto a la cama, había una botella en la que todavía quedaban algunos restos de licor.

—Ha pillado una buena —comentó June, a la vez que hacía una mueca de desagrado.

—¿Quién sabe si no trataba de olvidar lo que sucede aquí?

—Eso es absurdo. Volverá a la realidad, apenas despierte. Por favor, salgamos de esta habitación.

Crichton asintió.

En el pasillo, consultó la hora. Faltaban escasos minutos para las doce de la noche.

Veinticuatro horas más, y se cumpliría el aniversario. ¿Se haría cierta la maldición de Hombo?

—¿Por qué mañana, precisamente? —murmuró.

—Recuerde, le dieron ciento cincuenta latigazos.

—Un año por cada latigazo... ¿y los descendientes, después de siglo y medio, han de ser considerados culpables de algo qué no hicieron?

—Vince, me gustaría discutir esto, pero no en el pasillo. ¿Por qué no viene a mi habitación? Tengo una cafetera...

—Un poco de café me sentaría bien, en efecto —admitió él.

Reanudaron la conversación minutos después. Ambos se sentían un tanto nerviosos y se daban cuenta de que el diálogo les tranquilizaba mutuamente.

—De todos modos, yo no creo en la maldición, al menos, referida a los casos actuales —dijo Crichton.

—¿Por qué?

—Recuerde, en algún lugar de la casa, hay un millón de dólares en billetes.

—¿Cree, entonces, que alguien trata de eliminar a posibles competidores, por decirlo de una forma cruda y sin rodeos?

—Para mí no hay duda, June.

—Y el asesino trata de hacer creer que se trata de sucesos sobrenaturales...

—Al menos, en estos dos casos. A Sylvia le he oído yo hablar del testamento de Molyneux, lo que indica que no confía en su restablecimiento.

En cuanto a Keele y Wylan, les oí yo mismo discutir por una gran suma de dinero. Parece ser que Keele se sentía impaciente y quería anticipar el fin de Molyneux. Wylan, sin embargo, logró convencerle de que actuase con moderación.

—Y, quizá, de este modo, adormeció su confianza...

—Y pudo asesinarle, sin temor a un posible contraataque por parle de su víctima.

June entornó los ojos.

—De todos modos, me parece un poco exagerado. Keele murió de una forma horrible, sádicamente azotado...

—Por un millón de dólares, muchas personas serían capaces de hacer las cosas más espantosas. Si fue Wylan, no cabe duda de que, más o menos conocedor de la leyenda, quiso que se creyera en la intervención de fuerzas sobrenaturales.

—Entonces, ¿asesinó también a Leslie?

—¿Por qué no?

—Es cuarentón, poco amigo de ejercicios físicos...

Crichton sonrió.

—June, si yo quisiera asesinar a una persona, le haría tomar primero un narcótico muy poderoso. Luego, la azotaría... o la colgaría del techo.

—¿Cree que Wylan pudo alcanzar la viga, subido en la mesa y en la silla?

Los ojos del joven se entornaron.

—La mesa es relativamente amplia. Pudo poner dos sillas juntas y una tercera sobre éstas. Es una buena escalera, suficiente para un hombre que mide cosa de un metro sesenta y cinco.

—Atar la soga y, después...

—La necesidad saca tuerzas de donde no las hay. Lo más importante era atar la soga. Luego, la cogería en brazos y la sostendría en pie sobre la silla con una mano, mientras que la otra pasaba el lazo corredizo en torno a su cuello. Después, pegó una patada a la silla...

June se estremeció.

—Vince, no entiendo nada de medicina forense, pero me parece que Leslie murió sabiendo lo que iba a sucederle...

—Tal vez Wylan esperó a que despertara en parte, para que se diese cuenta de que iba a morir... No sé, esto no son más que especulaciones, que apenas si tienen base, mientras no conozcamos los hechos con exactitud. Lo único cierto es que ha sucedido.

—Si lo hizo Wylan, dudo mucho de que avise a la policía de Norristown —dijo la muchacha.

—Quizá podríamos impedirle que usara la mesa para cruzar el rio.

—Se enfadará mucho. Vince.

—Tendrá que aguantarse. June, ¿sabe usted dónde guarda Molyneux el millón de dólares?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Si lo supiéramos, podríamos esconder ese dinero. Y, algo también muy interesante, averiguar por qué, un hombre joven y rico, ha reunido aquí un millón de dólares en efectivo. Esto tiene un tufillo a cosa ilegal, nada agradable.

—No sé, ya digo que, en los últimos tiempos, Molyneux se portaba un tanto incoherentemente. Pero supongo que debía de ser por la enfermedad gástrica que se le declaró casi súbitamente.

—Y que luego se ha convertido en una erupción cutánea.

—Es lo que me encontré al llegar aquí —respondió la muchacha.

Crichton se puso en pie.

—Creo que nos conviene descansar un poco —sonrió—. Procure dormir; le sentará bien.

—Trataré de conseguirlo —respondió ella.

En su habitación, Crichton se sirvió una generosa dosis de coñac. También él necesitaba dormir y olvidar un poco los terribles acontecimientos de que había sido testigo.

A veces se arrepentía de haber aceptado la invitación de Molyneux. Lo había hecho porque era joven y sentía una lógica ambición de llegar a ser algo en su profesión. La oferta le había parecido interesante, sobre todo, porque no había hecho demasiados planes para las vacaciones del verano. No estaba seguro de haber obrado bien... aunque al pensar en June, le pareció que sólo por ella valía la pena haber viajado hasta River House.

Al cabo de un buen rato, se metió en la cama y consiguió dormirse.

* * *

De pronto, despertó sobresaltado.

Le pareció oír voces destempladas, chillonas. Una de ellas, sin duda, pertenecía a Sylvia Sanders.

La otra voz era de Wylan:

—Vamos, estúpida, ayúdame…

—Pesa demasiado, tú.

—Empuja... así, un poco más, ya está. Ahora trae esa soga, pronto.

Crichton se levantó de un salto y corrió hacia la ventana. Hacía ya rato que había salido el sol. Aunque su dormitorio no estaba bien situado con respecto al comedor, pudo ver a Wylan que amarraba una soga a una de las patas de la mesa. Sylvia, con pantalones, saltaba en aquellos momentos a través de la ventana.

La mesa estaba en posición invertida y sobre ella se veían dos posadas maletas. Crichton sintió que perdía el aliento.

—Ya han encontrado el dinero —murmuró.

Inmediatamente, corrió a vestirse. En mangas de camisa, salió del dormitorio y se dirigió al de June, cuya puerta golpeó fuertemente.

La muchacha abrió muy pronto.

—¿Vince?

—Han encontrado el dinero. Se lo llevan.

June se puso una mano en la boca. Luego, de pronto, retrocedió.

—Voy a vestirme —anunció.

—Dese prisa. Nos reuniremos en la puerta. Yo voy a avisar a Hombo.

—Muy bien.

Crichton corrió a la planta baja. Sorprendentemente, ni Hombo ni Selena estaban en la cocina. Miró en sus dormitorios, pero los halló vacíos y en orden.

Quizás estaban con Molyneux, haciéndole la cura diaria. Bien, se arreglaría él como pudiera...

Los tacones de los zapatos de June sonaron vivamente. Ella se le acercó ansiosamente.

—Lo adivinó. Vince.

—Han sido ellos —murmuró el joven—. Asesinaron a Leslie y a Keele, para quedarse solos con el botín... ¡Vamos, pronto!

June le agarró por un brazo.

—Cuidado. Wylan es un mal sujeto. Puede estar armado.

—Tomaremos precauciones, pero no perdamos ya más tiempo, por favor.

Descendieron la pendiente a la carrera, lógicamente, con más rapidez que los otros dos, ya que no tenían que arrastrar una mesa nada liviana. Cuando avistaban la orilla, contemplaron un espectáculo inusitado.

La mesa empezaba a flotar ya. Sylvia, en tierra aún, parecía muy nerviosa.

—Los billetes se mojarán...

—Habrá tiempo de sobra para que se sequen —rió Wylan.

Saltó a la mesa y empuñó la pértiga, que apoyó en el fondo. La improvisada embarcación flotó ahora libremente.

—¡Eh, aguarda! —Gritó Sylvia—. Espera te digo, hombre...

Wylan soltó una perversa carcajada.

—¿Me tomas por idiota? —contestó.

Entonces, Sylvia comprendió la verdad y lanzo un chillido de cólera. Avanzó unos pasos y metió los pies en el agua, pero, en el mismo instante, la pértiga golpeó duramente su estómago y la hizo caer sentada.

—¡Quédate con Molyneux! —rió Wylan desaforadamente.

Sentada en la tierra húmeda. Sylvia puso las manos en su estómago dolorido y rompió a llorar. Crichton y June avanzaron lentamente hacia el embarcadero.

Wylan estaba ya a una veintena de metros de la orilla. Crichton frunció el ceño. La mesa flotaba, pero su estabilidad era muy precaria, máxime si se pensaba en el método de propulsión empleado por su único pasajero.

—Peter, vuelva; esa mesa no es segura —advirtió con voz firme.

Wylan volvió a reír.

—Ni lo sueñe, amigo. He estado esperando la ocasión demasiado tiempo. Y ahora que lo he conseguido, no me voy a volver atrás —contestó.

—Peter, regrese ahora que es tiempo.

—Oh, cállese ya —cortó el sujeto abruptamente. Lanzó una burlona carcajada—. ¿Volverme atrás, con un millón de dólares?

—Y dos asesinatos sobre su conciencia.

—Yo no los maté. No sé quién lo hizo, ni me importa. —De pronto, suspendió el movimiento de la pértiga, metió la mano en el bolsillo y enseñó un revólver de pequeño calibre—. ¿Ve esto? Podría haber disparado contra esa imbécil, pero no soy un tipo sanguinario.

Con gesto despectivo, lanzo el revólver al agua y reanudó la tarea de mover la pértiga.

—Peter, ¿se emborrachó anoche? —preguntó Crichton.

Wylan le guiñó un ojo.

—Sabía que vendrían a mi habitación. Ya había_ visto a Leslie ahorcada y me dije que debía desempeñar la comedia del borracho. Eso me permitió luego buscar el dinero con toda tranquilidad.

—¿Dónde estaba, Peter?

—Pregúnteselo a Molyneux... si es que es capaz de responderle.

Era una respuesta muy ambigua. Aunque también cabía que los dos maletines con el dinero estuviesen en el dormitorio del dueño de la casa, al otro lado de las cortinas, pensó Crichton.

—Cuando esté en el Brasil, brindaré por ustedes —gritó Wylan, ya en el centro del brazo de río.

De pronto, algo chocó contra la mesa y la hizo balancearse.

Wylan lanzó una imprecación y separó las piernas, esforzándose por mantener el equilibrio. Pero la mesa giró un poco y la pértiga se hundió muy oblicuamente, lo que le hizo inclinarse en aquella dirección, con los brazos estirados, a fin de encontrar fondo en el que apoyarse. El brusco movimiento resultó excesivo y la mesa dio la voltereta.

Wylan cayó de costado al agua, a la vez que lanzaba un fuerte grito. No obstante, consiguió emerger en el acto y agarró la mesa con ambas manos, a la vez que maldecía profusamente.

De súbito, lanzó un terrible chillido. Su cuerpo salió fuera del agua, hasta la cintura. Crichton vio en el rostro de Wylan una expresión de dolor inenarrable.

Las aguas se tiñeron de rojo. A derecha e izquierda de la mesa, se vieron rápidas estelas de saurios que acudían velozmente al olor de la presa.

—¡Ayúdenme! —chilló Wylan.

Su voz se tornó, de pronto, un indescriptible sonido, mientras su cuerpo era sacudido por terribles espasmos. Un aligátor sacó medio cuerpo del agua y asió su brazo izquierdo, con la férrea presa de sus mandíbulas.

Wylan continuaba todavía parcialmente fuera del agua, chillando de una forma horripilante. June se volvió de espaldas, para no contemplar el espantoso espectáculo. Sentada en la orilla, Sylvia miraba, en silencio, la boca estúpidamente abierta y los ojos fijos en la horrible escena que se desarrollaba

a cincuenta pasos de distancia.

El rio se convirtió en pocos segundos en un hervidero de espumas rojizas, causadas por los feroces asaltos de los saurios. Un brazo de Wylan, todavía intacto, se alzó patéticamente durante un instante. Luego, el hombre desapareció bajo las aguas, en las que la sangre se extendía lentamente.

CAPITULO X

Crichton se inclinó hacia Sylvia, y la ayudó a ponerse en pie. El rostro de la mujer estaba mojado por las lágrimas. Sylvia actuaba como una autómata, sin noción de lo que sucedía a su alrededor.

—June —llamó el joven.

Ella se acercó, con el rostro limpio de todo color.

—Hemos de ayudar a esta pobre mujer —añadió Crichton—, Adelántese y prepare calé y coñac.

—Sí, Vince.

Crichton inició el regreso, con el brazo derecho en torno a la cintura de Sylvia, cuya mano sujetaba también con la otra libre.

—Vamos, Sylvia, anímese...

—Ese puerco traidor... Me engañó miserablemente...

Crichton no quiso hacer comentarios al respecto, por lo menos, en aquellos momentos. Luego ya hablaría extensamente con Sylvia, en cuyo ánimo pesaba menos la muerte de Wylan que la pérdida de una enorme fortuna.

Cuando estaban a mitad de camino, vieron salir corriendo hacia ellos a Hombo y Selena.

—¡Profesor! —exclamó Hombo.

—El señor Wylan quiso pedir auxilio, y utilizó la mesa del salón para atravesar el rio, pero volcó y los caimanes lo han devorado.

—¡Qué horror! —exclamó Selena.

—La señorita Sanders está muy afectada por lo que ha visto. Voy a llevarla a su habitación. Pedí a la señorita June que preparase café y coñac.

—Sí, ella nos lo ha dicho —contestó Hombo—. Señorita Sylvia, ¿puede caminar? Si no se siente con fuerzas, la llevaré en brazos.

—No. gracias, ya me encuentro mejor —contestó la aludida con voz débil —. Pero... oreo que no lo olvidaré mientras viva... Fue algo verdaderamente espantoso...

—Selena, prepara el calé, anda —ordenó Hombo, a la vez que se situaba al otro lado de Crichton—. Permítame, señorita Sylvia —añadió, asiéndola por el brazo y la mano—. Procure tranquilizarse; lo que ha pasado, va no se puede remediar.

—De todas formas, mañana vendrá la camioneta de las provisiones, ¿no es cierto? —dijo el profesor.

—Sí, señor, alrededor de las diez de la mañana.

Momentos después, entraban en la casa.

June y Selena llegaban ya, el ama de llaves con una bandeja en las manos. Crichton condujo a Sylvia hasta un diván, y la hizo sentarse, mientras June le preparaba una taza de café, con algunas gotas de coñac. Al cabo de un ralo, Crichton, satisfecho, observó que los colores volvían de nuevo al rostro de Sylvia.

—Y ahora —dijo con firmeza—, vamos a hablar.

* * *

Estaban solos, los tres, en el salón, que parecía casi vacío, por faltar la mesa. Sylvia, mucho más repuesta, miró al joven con cierto aire de desafío.

—¿Hablar? —repitió—. ¿De qué? Peter ha muerto, y eso es lo que importa, ¿no?

—Le advertí que la mesa no tenía estabilidad. Puede ayudar a una persona a mantenerse a flote, pero no es una embarcación construida adecuadamente para navegar. Si no hubiera caimanes y aligátores en el rio, yo mismo lo habría atravesado a nado, para pedir ayuda. ¿Por qué no espero siquiera veinticuatro horas?

Sylvia se mordió los labios.

—Es un asumo personal...

—En el que se halla involucrado un millón de dólares, que no les pertenecían, y que ahora están en el fondo del río.

—¿Y qué? —dijo Sylvia tunosamente—. Molyneux va a morir pronto. ¿Íbamos a dejar que los billetes se pudriesen aquí?

—Ahora se pudrirán en el fondo de las aguas —terció June intencionadamente.

—Lo que ha dicho de los billetes no es una respuesta —manifestó el joven —. ¿Recuerda? Dos personas han muerto ya, asesinadas. La Policía les hará muchas preguntas, cuando llegue.

De pronto, Sylvia se puso en pie, como si fuese a marcharse, pero se sentó otra vez de golpe.

—Molyneux nos debía ese dinero —dijo roncamente.

June se sulfuró.

—¡Eso no es cierto! —protestó.

—Usted, ¿qué sabe? —Respondió Sylvia, con acento burlón— Hay asuntos que Philip no confiaba a nadie. Los resolvía personalmente, ¿entiende?

—¿Qué asuntos? —preguntó Crichton.

Sylvia vaciló.

—No tendrían mucho de legales —comentó el joven, sarcástico.

—Está bien, lo diré. ¿Conocen, en Nueva Orleans, el «Silver Castle»?

—Un local de gran fama, aunque no en el buen sentido de la palabra — dijo Crichton—. Sí, estuve allí un par de veces. Salvo la comida, que es excelente, los espectáculos, a veces, son repulsivos». Y. según mis noticias, en la sala de juego no reina precisamente la imparcialidad.

—Era nuestro —declaro Sylvia sorprendentemente—. Quiero decir que nos pertenecía a los cuatro, a partes iguales. El «Silver Castle» producía enormes beneficios. Molyneux nos lo arrebató, con malas artes.

—Las mismas que ustedes empleaban con los clientes que asistían a las

salas de juego.

Sylvia se encogió de hombros.

—El que pone una ficha en una mesa de ruleta, ya sabe a lo que se expone —respondió cínicamente.

—Está bien, Molyneux les arrebató el local. Pero ¿qué tiene eso que ver con el millón de dólares?

—Bueno, a veces, también se vendían... drogas.

—Vamos, lo que se dice una gente llena de escrúpulos —comentó June, con sarcasmo.

—Es la vida, chica, no le des más vueltas.

—Vendían drogas —dijo Crichton.

—Siempre a clientes de toda confianza. Bueno, volviendo a lo que interesa. Cuando Philip nos quitó el «Silver Castle», dándonos a cambio una miseria, empezamos a pensar en la venganza. Acordamos hacerlo sin prisas, para que saliera bien, y evitar así los fallos. Al cabo de unos meses, empezamos a hablarle de un importante envío de droga. Molyneux fue siempre muy avaricioso, y la perspectiva de duplicar, por lo menos, el capital inicial, le disipó las sospechas que pudiera tener hacia nosotros.

«En esta clase de negocios —continuó Sylvia—, no caben los cheques. Se paga al contado. El envío iba a ser lo suficientemente importante como para valer un millón. Por eso él fue reuniendo la suma, en diferentes ocasiones. Acordamos que el intercambio se haría aquí, y que nos reuniríamos, aprovechando la ocasión del aniversario. Molyneux nos comunicó que ya tenía el dinero preparado y...

—¿Que le dijeron ustedes? —quiso saber Crichton.

—El envío estaba a punto a de llegar, por un mensajero especial. Pero cuando llegamos aquí, nos percatamos de la gravedad de su estado.

—¿Lo han visto?

—No. Y no me importa en absoluto. Creo que tiene un aspecto horrible. Se le cae la piel a tiras Debe de ser una enfermedad espantosa...

—¿Dónde estaba el dinero?

—En el dormitorio, dentro de un armario. Peter fue el que sacó las maletas, mientras yo vigilaba.

—Y luego quisieron atravesar el río...

Sylvia hizo un gesto de desaliento.

—Ya no importa nada —contestó.

Crichton se volvió hacia la muchacha.

—Por supuesto, usted ignoraba esta faceta de su jefe —observó.

—Tanto como usted —respondió June—. En ningún momento se me ocurrió pensar que Molyneux fuese propietario del «Silver Castle ni menos que se hallase mezclado en un repugnante tráfico de drogas. Todos los asuntos en que yo intervenían eran perfectamente legales. Se lo aseguro, soy abogado, y por nada del mundo habría aprobado, con mi actuación, algo mínimamente contrario a la ley.

—Quizá por eso mismo la tenía a usted por secretaria. Así acallaba posibles rumores desfavorables... Las personas que intervienen en asuntos nada claros llevan, a fin de cuentas, una doble vida. —Crichton miró nuevamente a Sylvia—. En resumen, se trataba de estafarle un millón de dólares.

—Esa suma sería insuficiente, hoy día, para comprar el «Silver Castle» —contestó la mujer, con voz tensa.

—Resulta curioso —murmuró el joven, a la vez que se frotaba el mentón —. Para el negocio del «Silver Castle», se reunieron los cuatro descendientes de los socios de Molyneux.

—Y, como su antepasado, éste nos quito el negocio, lo mismo que hizo el primer Molyneux con River House y las plantaciones que lo rodeaban.

—Tenía entendido que vendieron por dificultades económicas...

Sylvia rió agriamente.

—También nosotros sufrimos esas dificultades, en cuanto Philip empezó a creamos problemas —contestó—. La historia se repite.

—Y ya se han producido tres muertes.

—Al menos, dos de ellas han sido causadas por Philip, ayudado, naturalmente, por ese horrible mayordomo. A veces parece un… un…

—¿Un fantasma?

—No lo sé exactamente. Da la sensación de no ser de este mundo... me es imposible definirlo, ¿comprenden?

—Sí —Crichton comprendía y, sin expresarlo en voz alta, se prometió a sí mismo tener un diálogo con el mayordomo, a fin de aclarar muchas cosas.

Entonces pensó que Sylvia era la última superviviente del grupo de descendientes de los primitivos dueños de River House. Recordó el bastón de Hombo, y se formó el propósito de buscarlo, exigiéndoselo incluso a su dueño.

—¿Se encuentra ya mejor, Sylvia?

Ella hizo una mueca.

—Todo lo bien que una persona puede encontrarse, después de perder medio millón —contestó desanimadamente.

Crichton hizo un gesto con la cabeza a June. La muchacha comprendió y se dirigió hacia la salida, detrás de él. Sylvia quedó en el diván, con los ojos cerrados, como si quisiera conciliar el sueño.

Una vez en el vestíbulo, June hizo una pregunta:

—Vince, ¿qué es lo que piensa hacer?

CAPITULO XI

—La situación es muy preocupante —respondió él—. Pienso hablar con Hombo y exigirle que me aclare algunas cosas que no me gustan en absoluto. Y también me gustaría hablar con Molyneux.

—Yo no he estado hoy en su dormitorio —murmuró June—. Normalmente, suelo subir después del desayuno, para ver cómo se encuentra y preguntarle si necesita algo. Ahora, francamente, no me atrevo.

—Se le cae la piel a tiras, según dijo Sylvia. ¿Qué horrible enfermedad es ésa?

—Lo ignoro. Vince, en los primeros momentos, yo no fui demasiado sincera con usted. A fin de cuentas, soy la secretaria de Molyneux...

—No tiene que disculparse. Un empleado debe ser fie! a su jefe, hasta ciertos límites, claro. Y ahora, si me lo permite, voy a hablar con Hombo.

—¿Quiere que le acompañe?

Crichton hizo un gesto negativo.

—Quizá se sienta coaccionado por su presencia. Hablaremos los dos mejor, a solas.

—Está bien.

—Suba al cuarto de Molyneux. Entérese de su estado de salud. Nos veremos, más tarde.

—De acuerdo, Vince.

Crichton se encaminó inmediatamente a la biblioteca, y tiró del cordón de llamada. Hombo apareció a los pocos momentos.

—¿Señor?

El joven estaba junto a la consola, llenando dos copas.

—Entre, Hombo. Venga a tomar un trago conmigo —invitó, sonriente.

—Muchas gracias, señor, pero soy abstemio —declaró el mayordomo.

—Oh... Bien, de todos modos, acérquese, por favor. Quiero hablar con usted.

—Sí, señor.

Crichton miró al trasluz la copa que se había servido.

—Hombo, ¿cuál es la enfermedad «auténtica» que padece el señor Molyneux?

—Una erupción cutánea...

—Que se agrava de día en día, ¿no es cierto?

—Infortunadamente, así es, señor.

—¿No le ha visto ningún médico? Me refiero durante su estancia en River House, no en Nueva Orleáns.

—No. señor. El señor se ha negado siempre a que le visitaran otros médicos.

—Pero usted me dijo que se estaba recobrando...

—Fue una mejoría pasajera, señor.

—Entonces, usted opina...

—No creo que pase de esta noche.

Crichton tomó un sorbo, en silencio. A las doce de la noche, se iniciaría el aniversario. Ciento cincuenta años de una casa hecha con sangre.

—Hombo, ¿qué harán ustedes, después? —preguntó, al cabo.

—El señor Molyneux nos ha dejado una manda, en su testamento.

—A usted y a Selena, claro.

—Sí, señor.

—¿Qué clase de manda, Hombo? ¿Dinero?

—Tierras, señor.

—Hombo, quiero hacerle una pregunta. Por favor, déme una respuesta sincera. ¿Quién mató a Keele y a la señora Brabham?

—Lo ignoro, señor.

El sol lucia ya con fuerza, y penetraba por las ventanas de la biblioteca. De pronto, Crichton movió la mano.

—Hombo, póngase allí, junto a la ventana.

El mayordomo obedeció mansamente. Crichton le miró con fijeza. No, no se producía el extraño fenómeno presenciado en dos ocasiones. Hombo seguía siendo una persona normal.

—Voy a decirle una cosa —siguió, al cabo de unos segundos—. Usted sabe que tomé una fotografía de la tumba de Hombo Jones.

—Sí, señor.

—Esa fotografía desapareció de mi cuarto.

—Oh, cuánto lo siento...

Crichton empezó a ponerse nervioso. La aparente docilidad de Hombo le sublevaba. En ningún momento perdía su calma, su tranquilidad... la tranquilidad propia de un ser al que no podían afectarle las cosas de este mundo, pensó.

—¿Ha visto al señor Molyneux esta mañana? —preguntó, de sopetón.

—Sí, pero está muy mal. Apenas me ha reconocido.

—¿Podría verlo?

—No se lo recomiendo, señor.

Esta vez, observó el joven, había un levísimo matiz de veto en la respuesta del mayordomo.

—Gracias, Hombo —respondió—. Y ahora, hágame un favor. Tráigame su bastón.

—Muy bien, señor.

Crichton sacó la pipa, al quedarse solo. Ahora, ya podía apreciarlo, Hombo, hasta aquel momento servicial y obediente, empezaba a tomar el mando de la situación. No podía soñar en atacarle, ni aun empleando el bastón; la robustez del mayordomo indicaba sobradamente de qué lado caería la victoria.

Lo único que le quedaba era la astucia. Pero ¿qué hacer?

Hombo llegó momentos después, con el bastón en las manos. Crichton lo

cogió y lo hizo voltear unos momentos en el aire.

—Gracias. Voy a dar un paseo —manifestó.

—Bien, señor.'

Desde la orilla, momentos después, contempló la mesa, detenida en unos carrizos, situados al otro lado, más abajo del embarcadero. Las aguas habían recobrado su mansedumbre habitual, aunque, en ocasiones, se divisaba el leve trazo causado por el lomo de algún saurio, que se movía en busca de presas para su alimento.

Sus ojos se volvieron luego hacia el cementerio. Allí, en la loma, yacían cientos de seres, bárbaramente torturados unos, los otros muertos por las enfermedades y la penuria. Con la sangre de aquellos infelices, se había construido River House, ciento cincuenta años antes.

De pronto, sintió pasos. Volvió la cabeza un instante. Era June.

* * *

La muchacha se situó silenciosamente a su lado. Hasta pasados algunos segundos, no empezó a hablar:

—He estado en la habitación de Molyneux —declaró.

—¿Y...?

—No le he visto.

—¿Ha hablado con él?

—Lo he intentado. No me ha contestado.

—Hombo dice que no pasará de esta noche.

—¿Cómo puede saberlo, si no es médico? —se asombró la muchacha.

—¿Es humano?

June calló un instante. Luego dijo:

—A veces pienso... —Se pasó una mano por la frente—. No. Hombo no es un ser como los demás. Tiene algo de sobrenatural, ¿me comprende?

Crichton sonrió levemente.

—Si empiezas a pensar así, te contaré algunas cosas que hasta ahora he callado —dijo.

Habló durante unos minutos. Cuando terminó, June se sentía estupefacta y horrorizada a un tiempo.

—¿Un brujo con poderes mágicos? —murmuró.

Crichton señaló con la cabeza hacia un punto situado al otro lado del río.

—O tal vez. —No se atrevía a confesar sus temores.

—Es el Hombo que murió hace ciento cincuenta años, y después de soportar ciento cincuenta latigazos.

—Sí —murmuró él.

De pronto, levantó el bastón que tenía en la mano.

—Es sólo un palo pintado —dijo—. Pero yo lo vi transformarse en una serpiente. Y se disponía a morder a Sylvia. No soy propenso a alucinaciones, jamás he tomado drogas... y ahora no sé si lo que he visto es realidad o

producto de una sobreexcitación de mi mente, que me hizo ver cosas horribles.

—Puede que Hombo te sugestionara, aunque tú no lo notases —apuntó June—. Hipnotismo, ya sabes.

—Es posible. Pero cuando el bastón se convirtió en serpiente, estábamos solos Sylvia y yo.

—Quizá su mente es tan poderosa que puede influir sobre la tuya, aun no estando presente en el mismo sitio en que tú te hallas.

—Sí, tal vez. Pero, de todos modos, voy a privarle de una de sus armas —exclamó Crichton bruscamente—. Al menos, evitaré que Sylvia muera de la misma forma que su antepasado hacia morir a algunos esclavos.

Movió el brazo con todas sus fuerzas, y lanzo el bastón a veinte pasos de distancia. El palo levantó un pequeño chorro de espumas, al chocar contra la superficie liquida.

Y, de súbito, se convirtió en una serpiente.

El reptil se movió ondulantemente, con gran rapidez, y se perdió entre un grupo de plantas acuáticas, que sobresalían fuera de la superficie. Crichton tenía la boca abierta, paralizado por el horror, petrificado por la espantosa visión que acababa de contemplar.

A su lado. June no se sentía menos asustada.

—Vince —gimió.

De pronto. Crichton se enderezó. Respiró con fuerza.

—Voy a hablar ahora mismo con Hombo, y le obligaré a que me permita ver a Molyneux —dijo firmemente—. De una vez por todas, quiero acabar con esta situación.

Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la casa.

* * *

La cocina estaba vacía. Crichton fue al dormitorio de Hombo, y lo encontró desierto. Luego abrió la puerta del dormitorio de Selena. El ama de llaves tampoco estaba allí.

De pronto, oyó ciertos ruidos en una puerta situada al otro lado. Cruzó la estancia, con decisión, abrió la puerta y vio a Selena.

Estaba desnuda, junto a la bañera, frotándose el cuerpo con una toalla. El cuerpo, de ébano, ofrecía un aspecto sumamente atractivo, con los senos redondos, pesados, balanceándose al compás de los movimientos que ella hacía para secarse con la toalla. La cintura era delgada, lo cual hacia más atractivas las caderas, redondas, de perfectos contornos.

Era una mujer enteramente distinta de la que veía habitualmente, una hembra de la que se desprendía un poderoso atractivo sensual, una mujer de un encanto difícilmente igualable. Entonces, Crichton reparó en un detalle estremecedor.

Selena estaba dándole el costado derecho. El muslo de aquel lado quedaba

completamente al descubierto. Crichton se dio cuenta de que la piel aparecía absolutamente lisa, sin la menor señal de los rasguños causados por el áspero lomo del saurio. Había visto las heridas, y las recordaba muy bien. Unos rasguños nada profundos, pero largos, de unos diez centímetros, y muy aparatosos. En dos o tres días, se dijo, era imposible una cicatrización tan perfecta.

Selena reparó en el joven, y se irguió, a la vez, que sonreía de una forma extraña.

La toalla cayó al suelo. Absolutamente desnuda, avanzo paso a paso hacia Crichton.

—¿Le gusto? —preguntó.

—Selena, yo quería...

Ella movió los párpados ligeramente.

—Sé lo que quieres —murmuró.

Y le echó los brazos al cuello.

—Cuando dos personas se desean, el color de la piel no importa en absoluto —murmuró ardientemente.

Crichton empezó a flaquear. Llevaba puesta solamente la camisa, y sentía en su pecho la dura presión de los senos de la mujer. Quizá Selena tenía razón; el color no debía ser obstáculo.

En aquellos momentos, lo olvidó todo. Olvidó las alucinaciones, las muertes, la leyenda Lo que tenía pegado a su cuerpo era el de una mujer, hermosa, deseable, sensual..

Sus manos fueron a la desnuda espalda femenina, y se estremeció. Selena entreabrió los labios. Crichton se sintió presa de un extraño vértigo. Se dejaba seducir por aquella hermosa y cálida estatua de ébano.

Y entonces, cuando ya empezaba a notar que caía en un abismo sin fondo, sonó, estridente, la voz de Hombo:

—¡Selena!

Ella mantuvo el abrazo.

—Déjame. Hombo —murmuró ardorosamente.

—¡Selena, tú no puedes! —Gritó el mayordomo—, ¡Déjalo, déjalo! Te lo ordeno. Déjalo, no puedes. No eres...

—Si puedo —clamó—. Soy una mujer...

De repente. Hombo se arrojó sobre la pareja, y apartó a Selena y viva fuerza, brutalmente, lanzándola al suelo de un empellón. Luego se enfrentó con el joven.

Crichton, pasado el momento de pasión, sintió miedo. Los ojos de Hombo brillaban fosforescentemente, como los de un felino en la oscuridad, y sus puños se crispaban espasmódicamente.

Su tono, al hablar, fue, sin embargo, muy mesurado:

—Váyase, señor —dijo—. Hay ciertas cosas que usted no entenderá jamás. Es un hombre blanco ¿comprende?

Crichton lanzó una mirada a Selena, todavía en el suelo, pero apoyada en

un codo.

—¿Es usted, son los dos, de carne y hueso? —preguntó, sorprendiéndose a sí mismo de su audacia.

—Por favor, márchese, profesor.

—Sí, Hombo. Adiós, Selena. Lamentó lo ocurrido.

Selena lloraba silenciosamente. Crichton la compadeció.

Sólo cuando salió de la habitación, se dio cuenta de que no había hablado con Hombo de lo más importante, ver a Molyneux.

Había una solución para aquel problema: aguardar a la noche.

* * *

June se reunió con él, a la hora del almuerzo.

—No he podido entrar en la habitación de Molyneux —manifestó sombríamente.

—¿Te lo ha prohibido Hombo?

—Está cerrada con llave.

Selena apareció en aquel momento, portadora de una bandeja. Su aspecto era enteramente normal. Crichton apreció que el ama de llaves se comportaba con la naturalidad de costumbre. Por discreción hacía sí mismo, se abstuvo de relatar 3 June lo que había sucedido horas antes. Algún día, tal vez, se atrevería a contárselo..., pero lo que había pasado no era sino la consecuencia del encuentro entre un hombre joven y una mujer, hermosa y ardiente, necesitada de amor.

Selena se retiró minutos después, dejándolos solos. Crichton se sirvió una copa de vino.

—De modo que la habitación está cerrada —dijo.

—Sí. Temo lo peor...

—Yo también, pero he resuelto aguardar a la noche.

—¿Por qué, Vince?

—Ellos estarán dormidos.

—Tendremos que actuar con sigilo.

—Lógico.

—Y si no disponemos de la llave...

—Forzaremos la cerradura.

Crichton bebió otro sorbo de vino.

—Ahora, más que nunca, estoy convencido de que fue Hombo el autor de las dos muertes —dijo, después de limpiarse los labios con la servilleta.

—¿Por qué, Vince?

—Se lo ordenó Molyneux.

—¿Tú crees...?

—Había un millón de dólares en juego. Molyneux fue lo suficientemente astuto como para arrebatarles el «Silver Castle». Se imaginó lo que pretendían sus invitados, y decidió eliminarlos.

—Pero ese dinero era para pagar drogas...

—Molyneux tuvo que adivinar que se trataba de un ardid; que ellos querían desquitarse. En consecuencia, ordenó a Hombo que cometiera osos asesinatos, indicándole, además, el procedimiento adecuado para cada muerte. Molyneux, estoy seguro, había leído el panfleto anónimo, y decidió simular una especio de venganza de ultratumba, ¿entiendes?

—Con nosotros como testigos...

—Aprovechó nuestra presencia en River House, sencillamente.

June asintió. Lo que Crichton decía era muy razonable. Pero ¿por qué el hombre que ella había conocido, atonto, cortés, amable y simpático, se había trocado, de repente, en un maníaco homicida?

El día transcurrió lenta, inacabablemente. Cuando llegó la hora de la cena, Crichton frunció el ceño al darse cuenta de que Sylvia no aparecía, ni había dado señales de vida, desde que se separaron por la mañana.

Presa de una horrible sospecha, corrió a su dormita rio. Sylvia Sanders estaba allí, efectivamente, pero muerta sobre su lecho, el cuerpo ennegrecido, monstruosamente hinchado a consecuencia de la mordedura de un reptil venenoso.

Las huellas de los colmillos se advertían todavía en el hombro desnudo de Sylvia. Pero no había ningún rastro de la serpiente asesina.

CAPITULO XII

En el gran carillón del vestíbulo sonaron las once campanadas. Después, las notas musicales se desvanecieron lentamente y volvió el silencio, densamente abrumador, aterradoramente opresivo. Todas las luces de la casa estaban encendidas.

June temblaba de pies a cabeza, cuando Crichton fue en su busca.

—Tengo un pánico espantoso —confesó.

—Pasaremos la noche en vela, si es preciso —dijo él—. Mañana por la mañana, habrá terminado esta pesadilla.

—Ojalá sea así —deseó June fervientemente.

Sujetándola por un brazo, caminaron a lo largo del corredor. Crichton llevaba en la mano un cuchillo, del que se había apoderado en la cocina, para forzar la cerradura. Le costaría, pero acabaría por abrirse paso.

Al llegar a la puerta, tanteó el pomo. Giraba libremente. ¿Por qué ahora sí y antes no?

Empujó una de las hojas. Era inútil hacerse preguntas sobre acontecimientos que no comprendía.

Lentamente, penetraron en la estancia, alumbrada por una sola lámpara de pie, situada en un rincón, que lanzaba alrededor tétricas sombras. A través de las dos ventanas del lado opuesto, podía verse el resplandor de la luna llena.

Crichton aspiró el aire. Aquel olor…

Se volvió hacia la muchacha.

—June, terno que esté ya muerto —dijo.

—Abriré las ventanas —decidió ella.

June cruzó el dormitorio y abrió la ventana más próxima. De pronto, lanzó un grito:

—¡Mira, Vince!

El joven corrió hacia ella. Desde la ventana, pudieron contemplar un espectáculo inesperado.

La brillante luz lunar permitía ver hasta los menores detalles. Hombo manejaba la pértiga en una lancha, que dejaba una estela de chispas de plata al atravesar el brazo de río, en dirección al cementerio de los esclavos. Selena, semejante a una estatua, permanecía sentada cerca de la proa.

—Nos engañó —dijo Crichton, furioso—. Había otra lancha.

—Hombo conoce bien la isleta. Hay muchos sitios donde esconder un bote.

—Entonces, sólo quería ejecutar una especie de bloqueo...

Crichton se pasó una mano por la cara.

—Es inútil que hagamos reproches a quien no los tendrá en cuenta siquiera. June, voy a decirte una cosa. Esperaremos escondidos el regreso de Hombo y Selena. Luego cruzaremos al otro lado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Vince. Y ahora...

Crichton lanzó una última mirada al bote, a punto de llegar a la otra orilla, y luego se acercó a las cortinas. Levantó ambas manos y, después de un instante de vacilación, las movió enérgicamente.

June gritó. Crichton retrocedió, horrorizado.

No había ningún enfermo en la cama. Sólo un esqueleto, completamente descarnado, cuyas peladas mandíbulas parecían reír burlonamente, en una carcajada petrificada para siempre. Sobre el esqueleto quedaban, sin embargo, algunos jirones de ropa, semipodridos y apestosos.

—No puede ser...

—Sí. Lleva su reloj de pulsera. Y los dos anillos que tanto le gustaban —confirmó June.

—Pero ¿cómo, en tan pocos días? Te firmó un cheque… yo hablé con él...

La mano de June se apoyó en su brazo.

—Vince, estamos asistiendo a una serie de fenómenos sobrenaturales, que no comprenderemos jamás —dijo—. Hay fuerzas muy poderosas, que están por encima de nosotros y que, en el fondo, sólo buscan la justicia de unos crímenes cometidos hace siglo y medio.

—Pero los descendientes actuales.

—¿Estaban limpios de culpa? ¿No recuerdas el negocio que Molyneux les arrebató?

Crichton hizo un gesto de asentimiento.

—Si, tal vez tengas razón —convino—. De todos modos, hay cosas que debe aclarar la justicia terrenal.

—Cruzaremos el rio, cuando ellos vuelvan —dijo June.

* * *

Estaban en la planta baja, junto a una de las ventanas, desde las cuales se dominaba el cementerio de los esclavos. Habían hecho café, lo que, unido a unas gotas de coñac, les había entonado bastante. Hombo y Selena no daban todavía señales de vida.

De pronto, en el carillón del vestíbulo sonó una campanada.

Crichton consultó instintivamente su reloj de pulsera.

—Medianoche —murmuró.

Lentas, graves, solemnes, se oyeron las restantes campanadas. Después de la última, los sonidos se disolvieron en la atmósfera. June trató de contener el temblor de su cuerpo.

—Hoy estamos ya a treinta de junio de mil novecientos setenta y ocho —murmuró—. Se cumplen ciento cincuenta años...

Súbitamente, se interrumpió, con los ojos dilatados por el terror.

La luz se tornaba de color escarlata. ¿O eran las paredes las que tomaban el color de la sangre?

—Vince, vámonos de aquí... —clamó espeluznada—. No puedo soportarlo un momento más...

Crichton comprendió los temores de la joven, que compartía plenamente, y agarró su mano, para salir juntos de la casa, que ahora parecía temblar, como si fuese un ser vivo, linos segundos después, se hallaban en el exterior, y entonces oyeron los más extraños sonidos que pudieran imaginar.

Situados junto a un enorme ciprés, vieron una terrorífica procesión, que surgía del cementerio de los esclavos. Cientos y cientos de esqueletos, capitaneados por uno de elevada estatura, sobre el que flotaban unos jirones de ropa, fácilmente reconocibles, surgían de sus tumbas y se dirigían hacia el brazo de río, entonando una fúnebre melodía, cuyas notas parecían brotar de lo más profundo de la tierra. Abrazados estrechamente,

Crichton y June se sentían sumidos en una especie de pesadilla, como si estuvieran fuera de este mundo. Ilutando en un espacio desde el que podían ver todo impunemente, presintiendo, sin embargo, que no iban a sufrir el menor daño.

El esqueleto que marchaba en cabeza subió a la lancha y empezó a manejar la pértiga, guiando a los demás en su viaje hacia la casa. Los demás entraron en el agua. Algunos, de menor estatura, se sumergían por completo, pero la mayoría de ellos tenían su calavera al descubierto.

Crichton tiró de la muchacha, para apartarla de aquel lugar, ya que estaban en la ruta que seguirían aquellos espectros. Encontró un matorral, y se agazaparon detrás del ramaje.

Hombo, su esqueleto, llegó a la orilla y salló a tierra firme. Los demás empezaron a salir, en espesas filas, moviendo las descarnadas mandíbulas, para emitir aquella lúgubre melodía, con la que, ciento cincuenta años antes, sin duda, habían tratado de endulzar su agotadora labor. Crichton se pellizcó una y otra vez. Estaba despierto, no era una pesadilla.

La procesión remontó la pendiente y llegó a la casa.

Entonces, súbitamente, estalló un alarido hirviente de furia.

Cientos de esqueletos se lanzaron al asalto de la casa, como hormigas sobre el botín de un suculento pastel. Con los ojos fuera de las órbitas, Crichton y la muchacha contemplaron aquel indescriptible espectáculo.

Los esqueletos se movían con vertiginosa rapidez. Destruían la casa, y las piedras se volvían rojas, del color de la sangre. El suelo trepidaba sordamente.

Fue una visión que duró un tiempo que ninguno de los dos supo calcular. Crichton no era capaz de decir si todo había ocurrido en horas o en segundos. Pero, de repente, la casa quedó convertida en un informe montón de ruinas rojas, que brillaban siniestramente a la luz de la luna. El edificio había perdido por completo su forma; ya no era más que una acumulación de escombros, de horrible color escarlata.

Y entonces, casi de golpe, cesaron los ruidos, y los esqueletos desaparecieron, como barridos por un violentísimo huracán.

Crichton se atrevió a ponerse en pie.

—Se ha cumplido la maldición —dijo.

Con el brazo derecho, atrajo a la muchacha hacia sí. June sollozaba

acongojadamente.

—Vince, Vince, ¿qué ha pasado?

El joven contuvo sus deseos de acercarse a las ruinas. Después de unos momentos de silencio, empujó a June suavemente.

—Vamos —dijo—. Hay una lancha, y podremos pasar al otro lado.

* * *

Crichton empuñó la pértiga. De pronto, vio algo que brillaba en el fondo de la embarcación, y se agacho para recogerlo.

—Mira, June.

Era el arele de oro que llevaba Hombo en la oreja izquierda. June comprendió que era lo único que quedaba de un hombre que había surgido de la tumba, para ejecutar la maldición lanzada siglo y medio antes.

Crichton empezó a bogar hacia oí embarcadero. Cuando estaban llegando, vieron brillar las luces de un coche. Alguien gritó:

—¡Eh! ¿Se encuentra bien? Soy Brocke, de la oficina del sheriff.

—Estamos bien —respondió Crichton—. Pero ha sucedido algo...

—Ha habido un temblor de tierra. Yo estaba de patrulla cuando se produjo —explicó Brocke, después de que los dos jóvenes pusieran el pie en tierra—. El jefe me ordenó que viniese aquí, para, ver si se habían producido víctimas.

—La señorita y yo nos hemos salvado. Estábamos fuera cuando sobrevino el terremoto... Creo que... la casa se ha hundido por completo.

Brocke tendió la vista hacia el otro lado.

—¡Dios santo! ¡Se ha derrumbado totalmente! —exclamó.

Dudó un momento, y luego corrió hacia el coche.

—Voy a llamar para que envíen equipos de socorro —anunció.

Momentos después, Crichton le formuló una petición. Brocke accedió, y le entregó una lámpara eléctrica.

—Quiero ver algo en el cementerio —dijo el joven—. Espérame. June.

Crichton caminó con largas zancadas, atravesando la maleza con una fuerza de la que no hubiera sospechado era capaz. Cuando llegó al cementerio, busco la sepultura de Hombo.

Los rayos luminosos le permitieron ver la lápida con toda claridad. En la superficie del granito había una nueva inscripción:

AHORA DESCANSA EN PAZ

Una semana más tarde, Crichton se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa de despacho, al otro lado de la cual se hallaba June.

—Has vuelto a tu trabajo —sonrió.

—Tengo que vivir —contestó ella—. He de liquidar algunos asuntos de Molyneux. Luego... me han ofrecido un buen cargo en una importante compañía de seguros.

Crichton sacó su pipa y empezó a cargarla.

—Eso está bien —aprobó—. ¿Sabes que encontraron las dos maletas con el dinero?

—¿Qué harán ahora con esa fortuna?

—Saldrán herederos y la reclamarán. No creo que nos importe demasiado. June.

—No, no nos importa —convino la muchacha—. Vince, ¿lo hemos vivido o fue una pesadilla?

Nunca lo sabremos con certeza, y creo que es conveniente que no hagamos especulaciones, ni ahondemos en el caso. En las ruinas de River House se encontraron solamente los cadáveres de cuatro personas: Molyneux, Keele y las dos mujeres. No se ha hallado el menor rastro de Hombo ni de Selena.

—No eran seres de este mundo —murmuró June.

Crichton guardó silencio un momento. Todavía acordaba el incidente ocurrido cuando sorprendió a Selena desnuda. Hombo le permitía vivir, pero no amar.

No. no eran seres de este mundo, admitió para sí. Simplemente, habían salido de sus tumbas para ejecutar su venganza.

—Lo raro era que nadie les conociese —dijo, de pronto.

—Hombo y Selena no habían salido nunca de la casa —respondió June—. Molyneux tenía otros sirvientes, pero los despidió antes de mi llegada. Al menos, eso es lo que me dijo.

—Y ellos tomaron sus puestos...

Crichton sacudió la cabeza.

—June, quiero decirte una cosa.

—¿Sí, Vince?

—Hace un día hermoso. Deja el trabajo. Vámonos a pasear.

Rila sonrió.

—Croo que me conviene un poco de descanso —aceptó, a la vez que se ponía en pie.

—Mientras paseamos, podríamos hacer planes. June.

—¿Qué clase de planes, Vince?

—Bueno, la vida es bella, pero todavía más cuando se la comparte con otra persona...

—Eso inicie a proposición de matrimonio.

—Podemos estudiar el tema con detenimiento, ¿no te parece?

June se colgó el bolso del hombro, y emitió una brillante sonrisa.

—Vamos a estudiar el tema —respondió alegremente.

Habían visto cosas horribles, pero todo había pasado va, pensó Crichton, mientras abandonaban el despacho. River House había resultado ser una construcción menos solida de lo que aparentaba. Ciertamente, era el único edificio totalmente derruido por el ligero temblor de tierra, que apenas si había causado daños en otras casas.

Y el color rojo de las ruinas no había sido sino producto de su imaginación.

Pero June era real, una mujer palpitante de vida.

FIN